

¿Por qué estuve en la guerra del 48?



Por [Fernando Ortuño](#)

Prólogo

Antecedentes de la Revolución

La década del treinta

Hechos que la presidieron

Mi partida para La Lucha

La toma de San Isidro del General

Captura de los aviones y el puente aéreo con Guatemala

Desembarco en Dominical

La marcha sobre Cartago

El tapón de la Panamericana

La Batalla de El Tejar

Capitulación del Gobierno y Desfile de la Victoria

PRÓLOGO

DE BARRO Y GLORIA

Me acompaña desde hace muchos años la historia de los hombres de la montaña, surgidos ante el clamor de los oprimidos por la violencia y el crimen. Los montañeses pelearon bravamente para restituir la ley, el respeto y el orden, al marcharse dijeron al nuevo gobernante. "llámanos cuando la patria esté en peligro; cuando su honor y libertad peligren, para luchar de nuevo por ellos y restablecerlos".

En las alturas, los compañeros muertos esperaban el regreso de los victoriosos. Junto a ellos habían dado la vida por ideales, peleando, disparando, huyendo y atacando hasta dejar sus cuerpos confundidos con el barro, la niebla y la gloria. Porque de barro y gloria se hace el hombre y se hace también la historia de los hombres.

Pienso en la revolución del cuarenta y ocho y siempre me refiero a esa historia leída desde que era un niño. Nunca he llegado a pensar siquiera en que todos esos muertos, que son los compañeros y por ello mis muertos, hayan pasado por la vida en vano. Razón por la cual cuando se acerca el tema repito las palabras a que se refiere Fernando Ortuño, en las primeras líneas de este libro.

No puedo deshacerme de ese cuadro de una mañana clara en montañas casi desiertas, atravesadas por la recién construida carretera interamericana. Se acercaba un grupo de desamparados jefados por Domingo García y entre quienes no era difícil ver a Carlos Gamboa, a su hermano, a Piquín Fernández y a Fernando Ortuño. En La Lucha, que era la finca de José Figueres que ocupábamos con el fin de iniciar la revolución, seguimos entrenándonos con los recién llegados. El dueño de la finca solamente pedía al que se le acercara para ayudarlo, que llevara un revólver, una pistola, por lo menos una carabina matatigres, o una guápil, aparte de una chaqueta o una cobija que eran muy útiles para dormir bajo el cielo en esos montes.

De la revolución mucho se ha escrito y más se ha dicho. En este asunto de referirse a hechos históricos se distinguen dos grupos. Uno es de historiadores que buscan documentos, que han conocido los hechos y los pesan y juzgan siempre hablando en pretérito. El otro está compuesto por los que contribuyeron con sus ideas, con sus miedos y preocupaciones, todo tendiente a ir formando la historia. Muchos de éstos cometen el error de concretarse a sí mismos y, generalmente, de hablar de sus acciones refiriéndose a circunstancias que es probable no vivieran y por ello sus palabras escritas o contadas los van presentando como los principales personajes.

*Estas páginas que vendrán después, son lo que Ortuño presencié y por ello su publicación tenía que titularse como se titula: **PORQUE ESTUVE EN LA GUERRA DEL CUARENTA Y OCHO.***

El libro contará no más de lo que el autor vio, sin relacionarse con otros acontecimientos. Lo que Fernando vio y vivió. Si tuvo algún testigo de las cosas que cuenta, ese testigo soy. Y es tal su parquedad, unida a su franqueza, que se sitúa en un enfoque objetivo sin pretensiones proféticas.

Roberto Fernández Durán
San Miguel de Santo Domingo
de Heredia
Mayo de 2001

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN

La pregunta con que titulo este trabajo me la han hecho repetidas veces y nunca he podido dar una respuesta concreta. Son muchas y muy variadas las causas que me impulsaron a participar en los acontecimientos que desembocaron en hechos armados que ensangrentaron al país. Fue como un diabólico rompecabezas en el cual cada pieza le fue dando forma a ese monstruo que se convirtió en una guerra fratricida. Era muy joven, cursaba los últimos años de segunda enseñanza, cuando se desarrollaron los hechos políticos, tanto en el país como en el resto del mundo, que produjeron los cambios que alteraron el orden tradicional, desataron la violencia y condujeron a la guerra. Fui testigo presencial de muchos de esos acontecimientos y lo que me propongo es narrar aquellos en los que tuve participación.

Hace un tiempo me dijo Roberto Fernández Durán que para él lo más importante en su vida era haber participado en la Revolución del 48. Como él yo también participé en esa lucha armada y si bien reconozco que le dio un giro distinto a mi vida, nunca estuve de acuerdo en que los cuarenta días que duró la Revolución fueran los más importantes de mi vida.

Con los años he ido cambiando de opinión llegando a concluir que esa lucha resultó ser el acontecimiento más importante para Costa Rica en el siglo XX. Me incumbe personalmente, por haber sido uno de los protagonistas que lucharon desde el primer día, ayudando a que triunfara el movimiento armado y tomara el poder a partir de entonces.

Mucho se ha escrito sobre la Revolución del 48 y en su mayor parte se trata de versiones de gente estudiosa que ha investigado los hechos, o entrevistado a algunos de los protagonistas, logrando así con cierto orden y secuencia armar la historia de lo ocurrido en esos días cuando las partes lucharon por hacer prevalecer cada una sus metas y sus ideales.

Nunca he querido escribir sobre esa guerra porque hay pasajes muy desagradables que quisiera olvidar y que me siguen mortificando la conciencia. No he pasado de escribir algunas anécdotas que me parecieron chistosas, como ocurre en toda guerra. La verdad es que ya somos pocos los que estamos vivos de aquel puñado de aventureros que nos unimos a las fuerzas de Figueres. Creo que es mi obligación escribir de primera mano lo que me tocó presenciar y actuar, tanto antes de iniciarse la revolución, como durante la lucha armada.



Los niños Miguel, Fernando y Gaspar Ortuño Sobrado

Pienso que para escribir sobre los hechos que desembocan en la Revolución del 48, antes que nada es necesario establecer con claridad cómo era y funcionaba Costa Rica antes de la década del 40, que culmina con la administración de Don León Cortés Castro. Esa fue la Costa Rica en que yo me formé. En ese ambiente recibí las costumbres, la ética y moral que me inculcaron mis padres. Mi formación continuó en la escuela primaria, en el Edificio Metálico, Escuela Buenaventura Corrales, donde mi maestra, la Niña Rosita Font Frutos, mi inolvidable maestra, terminó de formarme. Mi niñez fue muy placentera. Nada me faltó y mi madre se encargó de darnos una educación muy estricta, inculcándonos hábitos de comportamiento que se grabaron por el resto de mi vida.

DÉCADA DEL TREINTA

Parece que mis padres nacieron al final de la Edad Media. Francisca Sobrado García, una de las ocho hijas (cinco hombres), la cuarta por edad, fue educada en el Colegio de Sión por monjas francesas que no sólo le dieron los modales y costumbres de su país de origen, sino que además la compenetraron de los ritos y creencias de la Religión Católica. Con su carácter fuerte y testaruda, como buena descendiente de españoles, se aferró a esas ideas y luchó, por proyectarlas a sus tres hijos. Ir a misa todos los domingos, rezar el rosario todas las tardes, rezar una oración antes de acostarse y al despertarse, etc. etc. Si supiera mi querida madre que treinta años después de haber muerto, el infierno iba a desaparecer, con los santos desahuciados del cielo y éste en proceso de remodelación.

En mi niñez la actividad más felicitaria que tuve fue la cacería. Mi padre en su juventud fue un asiduo cazador. Precisamente en una cacería de venados, invitado por Matías Sobrado, fue cuando conoció a mi madre en la Hacienda El Tempisque, propiedad de mi abuelo. Pocos meses después se inició el noviazgo que terminó en matrimonio. En noviembre y diciembre, cuando los lagartillos dan fruta, a la finca de Desamparados llegaban grandes manadas de palomas collarejas a comer de los racimos de frutilla negra de los lagartillos. Papá nos levantaba en la madrugada y nos llevaba al cerro de la finca a cazar palomas. A mi me daba una escopeta guápil calibre 44 y nunca dejaba de

apearme una o dos palomas. Mi entrenamiento como cazador no paró ahí, porque después recibí un "doctorado" de dos buenos amigos de mi padre: Don Alfredo Chaves y el Doctor José Corvetti. Ambos eran obcecados cazadores que no dejaban un solo domingo sin ir de cacería. Para entonces se habían dedicado a la caza de aves: palomas, codornices, patos y becacinas. Los cartuchos usados se guardaban y luego eran recargados. Yo les ayudaba en esa tarea que era muy minuciosa. Expulsar el fulminante, medir cuidadosamente la pólvora, luego el taco apropiado para compactar el explosivo, para finalmente introducir los balines, de distintos tamaños, según el tipo de ave a que sería destinada: las más gruesas para patos, un poco más finas para palomas y la "mostacilla", para codornices y becacinas. Finalmente se ponía el taco y se riveteaban. Las de Don Alfredo eran las que más costaba rivetear, porque las usaba hasta diez veces cada una. Fueron ellos los que me enseñaron a tirar a cada una de esas aves. Sólo al vuelo se cazaban y me enseñaron a tirarlas cuando volaban en forma horizontal, cuando venían de frente o cuando iban alejándose. Las más difíciles eran las que iban bajando porque su vuelo era mucho más rápido. Me enseñaron también a cubrirme para que las aves no me vieran y continuaran el rumbo que traían. De todas esas aves, las que más disfrutaba cazando eran la becacinas porque las otras, palomas, patos y codornices tienen un vuelo más predecible, porque sólo se desvían cuando cambian de ruta. En cambio, la becacina tiene un vuelo zigzagante con una dirección muy difícil de predecir. Además son mucho más rápidas que cualesquiera de las otras. La codorniz es la más "jamona", siempre en manadas de dos, cuatro o seis, no muy rápidas y vuela en línea recta.

Un día que cazábamos becacinas en Coris, con el agua a la rodilla, porque es un ave que vive en los pantanos, tomamos las posiciones acostumbradas: yo en el centro, el Dr. Corvetti a mi izquierda a unos veinte metros, y Don Alfredo a mi derecha a igual distancia. "Prinz", el perro de Don Alfredo a unos diez pasos delante de su amo. Comenzamos a caminar lentamente con las escopetas listas para apuntar y el seguro quitado. De pronto se levantan dos becacinas que vuelan alejándose de nosotros. Iba una detrás de la otra. Monto mi escopeta, apunto y disparo y me la traje a las dos en el primer disparo. El Dr. Corvetti se quedó paralizado, se volvió a ver y en esa forma eufórica que tenía de expresarse, me gritó: *¡Fernando, te has ganado el doctorado, ya más no puedes aprender!* Prinz corrió y recogió las dos becacinas y se las llevó a su amo, porque era arrecho para robar presas y llevárselas a Don Alfredo. Nos reímos los tres. Yo me sentía eufórico y seguimos la cacería más inolvidable de mi vida.

Otra cosa interesante fue lo que me enseñó el Dr. Corvetti sobre las becacinas. Esas aves en el codo de las alas tienen una plumita blanca, que es como un huesito, duro y puntiagudo. *"Esta pluma -me explicó- es lo que usan en Europa los pintores para hacer las miniaturas. No existe pincel más fino que esas plumas de la becacina"*. Desde entonces me dediqué a coleccionar las dos plumas-pincel de cada becacina que cazaba.

Pienso que esa escuela de cacería que recibí de esos dos buenos amigos, fue para mi un buen entrenamiento militar y nunca me imaginé que las enseñanzas me servirían en el futuro para sobrevivir en la guerra.

Después de terminar la primaria pasé, contra mi voluntad, porque yo quería ir al Liceo de Costa Rica, al Colegio Seminario, regentado por padres paulinos alemanes. En ese tiempo en Costa Rica no había universidad. Sólo dos facultades, la de Derecho y la de Farmacia y la Escuela de Agronomía. Mi padre, que había sido educado en Alemania, donde tenía familiares, me hubiera

mandado a educarme ahí, pero en 1944, cuando salí del Seminario, en Europa se peleaba la Segunda Guerra Mundial. Por temor a que si me mandaba a los Estados Unidos, podrían incorporarme al ejército, optó por enviarme al Canadá, a la Universidad de McGill, en Montreal, allí estuve dos años. Terminé el Pre-leyes, pero antes de entrar a la facultad de derecho opté por regresar a Costa Rica a terminar mi carrera de leyes en el país donde eventualmente iba a ejercer la profesión de abogado.

La Costa Rica en que yo me crié era muy distinta a la que comenzó a formarse después de la Segunda Guerra Mundial. Antes de la década del cuarenta, los vínculos tanto comerciales como culturales eran con Europa. En lo comercial, Inglaterra y Alemania eran nuestros principales compradores de café. En lo cultural, Francia era dominante. A nuestro léxico se incorporaron muchos galicismos. La señoras hablaban de fular, de cotán, de organdí, de crepé, de brassier. En materia de comestibles se hablaba de champiñones, de petipua, de escargó, de bullón, de consomé y de suflé, no se conocía la latería Del Monte y lo que llegaba era la Rodel, francesa. En Desamparados yo iba a la pulpería de la esquina a comprarme un "gato", que era un pastel alargado con jalea en el centro. En cuestión de automóviles uno se refería a un cupé, un sedán o una limosina. Revistas venían de España, como el Blanco y Negro y de Francia la bellísima revista Figaro Illustré. Había en San José un Club Alemán, una Escuela Alemana, el Colegio de Sión, regentado por monjas francesas, el Colegio Seminario, con padres paulinos alemanes y el Colegio de los Angeles con frailes dominicos españoles, de todos el más medioeval. Existían la Casa Italia, la Casa España, la Sociedad Española de Beneficencia, el Club Alemán y la Casa Libanesa.

La mayoría de nuestros profesionales venían graduados de Europa en medicina, ingeniería, química, de universidades de Bélgica, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. En ese tiempo para los Estados Unidos, América Latina era tan sólo un lugar agradable para enviar de Embajadores a políticos retirados a pasar amenas vacaciones. Tenían muy poco que hacer fuera de aprender los modales de un "latin lover". Tal vez el único vínculo que existía con los Estados Unidos era a través de Hollywood y sus películas, aunque en ese tiempo también llegaban buenas películas de México y de la Argentina. Es hasta después de la Guerra que aparece la Política del Buen Vecino de Roosvelt, el Punto IV de Truman y la Alianza para el Progreso de Kennedy. Se instalan programas de ayuda, como AID, Stica, y el Centro Cultural. Es cuando nace la Escuela Lincoln con enseñanza en idioma inglés. Con la aparición de Fidel Castro, la incursión del Che Guevara en el cono sur y el triunfo de los Sandinistas en Nicaragua, la ayuda económica para América Latina se intensifica, al punto que el Gobierno de Luis Alberto Monge, extendiendo la mano, obtenía sus más altos ingresos.

Pero no sólo en el campo cultural y comercial Costa Rica era distinta. La política interna era totalmente otra cosa. Estaba dominada por los liberales de fin de siglo. Hombres sumamente cultos y respetuosos de la opinión pública. Era una suerte de dictadura intelectual, en la que a personajes como Don Cleto y Don Ricardo se les admiraba y respetaba de manera singular. Igualmente sucedía con los que formaban parte de su equipo de gobierno. Pienso que, en realidad, esas figuras fueron tan dominantes que apagaron por completo a la generación que les seguía, y en los años cuarenta hubo un brinco generacional y el poder pasó de los abuelos a los nietos. Don León Cortés fue el último de la generación de los liberales que ejerció la presidencia.

La Costa Rica que formaron y modelaron los liberales finiseculares era muy distinta a la que me tocó vivir después de la década del cuarenta. Los gobernantes, así como su equipo de gobierno eran

hombres muy cultos que nombraban en distintas dependencias hombres con capacidades y conocimientos adecuados para desempeñar el cargo. Los Presidentes vivían en casa de cristal y cuando eran emplazados públicamente, por el mismo medio en que habían sido emplazados, daban minuciosas respuestas. Eran frecuentes los debates por la prensa entre Don Ricardo Jiménez y su coetáneo Don Elías Jiménez, brillante escritor, que aprovechaba cualquier error o desviación del Gobierno para criticarlo.



*Graduados de sexto grado de la Escuela Buenaventura Corrales
al centro la maestra Rosita Font*

HECHOS QUE LA PRESIDIERON

Al terminar el periodo presidencial de Don León Cortés, surge como candidato del Partido Republicano Nacional el doctor Rafael Angel Calderón Guardia, uno de los médicos más prestigiados del país. Graduado en la Universidad de Lovaina en Bélgica, era hombre muy querido por bondadoso y dedicado a sus pacientes, aunque fueran pobres y menesterosos. Especialmente muy popular entre las mujeres porque además era muy bien parecido.

Se lanzó al ruedo político. Salió electo diputado y no tardó en el Congreso de tomar liderazgo y ocupar la presidencia del Poder Legislativo. Con el apoyo de la burguesía y una gran popularidad entre la masa, la candidatura del doctor Calderón era tan arrolladora que nadie se atrevió a enfrentársele. Don Ricardo Jiménez, a los 83 años, hizo un esfuerzo por ser el candidato de la oposición, pero esta vez no recibió el apoyo del capital, que siempre lo había financiado. El único apoyo que tuvo fue el del Partido Comunista liderado por Manuel Mora. Ante semejante respuesta, a escasos tres meses de haberse lanzado, Don Ricardo se retiró dejando al Dr. Calderón prácticamente solo en la contienda. Sólo el Partido Comunista inscribió la candidatura de un buen señor guanacasteco a quien muy pocos conocían en el resto del país. El "doctor" hizo una campaña anticomunista para aparentar que había alguna clase de contienda, y el día de las elecciones barrió en las urnas con más del noventa por ciento de los votos emitidos.

El flamante Presidente toma posesión de su cargo en Mayo de 1940 y de ahí en adelante comienza a cambiar la historia del país. Las reglas del juego a que los costarricenses estaban acostumbrados comienzan a variar. El nivel intelectual y moral de los integrantes del equipo de gobierno desciende en forma ostensible. Parientes y amigos íntimos del gobernante ocupan las posiciones claves de la administración pública y se va haciendo evidente que el poder lo ejercen plenamente el "doctor" y

su hermano Don Francisco, que ocupa el Ministerio de Seguridad Pública. El padre del gobernante, doctor Rafael Calderón Muñoz, había sido electo Primer Designado a la Presidencia de la República.

En todas las administraciones siempre hay ovejas negras que amparadas al poder hacen fechorías. Pero eso se daba en medianos y bajos niveles, y como se trataba de asuntos de poca monta, una vez destituido el funcionario involucrado el asunto se desvanecía del panorama gubernamental. Con la Administración Calderón Guardia los conceptos éticos y morales cambian en forma radical. Se suprime la regla de que las compras y contratos para realizar obras se adjudican mediante licitaciones públicas. Comenzó el gobierno a adquirir bienes y equipos y a contratar obras en forma directa y desde luego a amigos del gobernante. Se les llamó "Contratos sin Licitación" y el encargado de adjudicarlos era el hermano del Presidente, a quien se le llegó, a conocer por el mote de "Paco a Medias".

Ante esa modalidad de gobierno, la burguesía que lo había acuerpado comenzó a zafarle el bulto, y poco a poco el "doctor" se fue quedando solo. Y llegó hasta rumorarse de un posible golpe de estado.

Narro a continuación lo que me contó Don Manuel Mora, con quien tuve largas e interesantísimas conversaciones, en la época en que fui diputado. Cuando estaba a mediados el periodo presidencial, un día lo buscó Don Mariano Cortés, prominente cafetalero de la zona de Turrialba, muy involucrado en la política activa del país, con el fin de lograr el apoyo del Partido Comunista en caso de que se diera un golpe de estado. Según Don Manuel le pidió unos días a Don Mariano para pensar la propuesta que le hacía. Pero esa misma noche se fue a Casa Presidencial a conversar con el Presidente. Lo primero que le dijo fue "*¡Dr. lo van a botar! No, Manuel, estoy caído*" le respondió- "*Mis amigos me abandonaron y no tengo a nadie que me apoye*" Después de una larga conversación en la que fijaron nuevas metas de gobierno, quedaron en que el Partido Comunista le daría pleno y amplio apoyo al gobierno. La alianza llegó a conocerse como "El Pacto de la Victoria".

Se produjo entonces un cambio radical en la balanza del poder en Costa Rica y la lucha de fuerzas anticipó, dos años a las elecciones. Don León Cortés se perfilaba como candidato de la oposición. Por otra parte el gobierno lanzó, como futuro candidato del Partido Republicano al Lic. Don Teodoro Picado, quien entonces ocupaba la Presidencia del Congreso. Fue una larga y tormentosa campaña política. Los partidos publicaban largas páginas de los periódicos con las adhesiones que recibían, realizando grandes concentraciones de adherentes en los distintos pueblos y ciudades, para luego publicar impresionantes fotos de las grandes concentraciones que habían logrado reunir.

En ese tiempo el Código Electoral era muy primitivo y deficiente. No existía un Tribunal Electoral para escutar los votos emitidos, y las urnas electorales iban a la Casa Presidencial para el conteo de los votos. El resultado final de esas las elecciones resultó en un verdadero carnaval. Hasta por la radio se oían las carcajadas de los que estaban transmitiendo los resultados. Simplemente invertían los números y los votos de Don León se los adjudicaba a don Teodoro, asignando los votos a favor de Picado a Don León. Fue una verdadera burla que con los años muy caro pagarían.

El gobierno de Picado fue como una continuación del gobierno anterior. La alianza con el partido comunista estrechó aun más sus lazos, sobretodo tomando en cuenta que para entonces la Unión

Soviética era uno de los aliados que luchaban contra las Potencias del Eje. De ahí que las dos administraciones fueron bautizadas "el régimen de los ocho años".



Después de una cacería de becacinas, en los pantanos de Salitral en Desamparados

Dos cosas muy importantes tienen lugar durante esas dos administraciones. Cumpliendo con lo convenido en el "Pacto de la Victoria", se incorpora a la Constitución Política el Capítulo de las Garantías Sociales, se promulga el Código de Trabajo y se crea la Caja Costarricense del Seguro Social. El otro hecho significativo que ocurre en ese lapso es la Segunda Guerra Mundial que se desata en Europa.

Al entrar los Estados Unidos a la Guerra, dándole apoyo a los Aliados, utiliza todo su poderío económico y militar para derrotar a las Potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón). Costa Rica, por su vecindad con el Canal de Panamá, se convierte en punto estratégico para asegurar al máximo el flujo de naves entre el Mar Atlántico y el Océano Pacífico. El ejército norteamericano establece una base aérea en el Aeropuerto de la Sabana e inicia en forma acelerada la construcción de la carretera interamericana, que le dará acceso terrestre al Canal desde el territorio de Costa Rica. Además y a petición del coloso de Norte, el gobierno de Costa Rica procede a detener a todos los alemanes e italianos que habitaban en el país. A los campos de concentración que se construyeron para detenerlos, fueron a parar alemanes e italianos, incluyendo a descendientes nacidos en el país y en su gran mayoría casados con damas costarricenses. Sus negocios y propiedades fueron incautados y se nombró a amigos del gobierno para que administraran lo confiscado en tanto se resolvía que hacer con esos bienes. La colonia alemana era muy influyente en el ámbito de los negocios. En su mayoría dedicados al cultivo del café y de caña de azúcar, eran dueños de grandes ingenios y beneficios así como de algunas importantes casas comerciales.

La Legación Americana (no había Embajada en ese tiempo) no se conformó con encarcelar a los alemanes e italianos, sino que además elaboró lo que llamaron la "lista negra" en la que incluyó, un buen número de costarricenses, a los que los consideraba colaboracionistas de las Potencias del Eje. A mi padre lo incluyeron en esa lista cobrándole el pecado de haber enviado \$25 mensuales a una pariente ya muy anciana que vivía en Hamburgo.

Un barco carguero atracado al muelle de Limón, el famoso San Pablo, descargaba tranquilamente la carga destinada a Costa Rica, y de pronto estalló y se hundió frente al muelle. En la explosión perecieron varios trabajadores que laboraban en las bodegas. La versión oficial fue que el hundimiento se debía a un torpedo disparado por un submarino alemán que había entrado a la rada de Limón. Nadie vio al submarino alemán y la verdadera historia del hundimiento del San Pablo seguirá siendo un enorme misterio.

El hundimiento del San Pablo tuvo lugar una o dos semanas antes del 4 de julio, día de la independencia de los Estados Unidos. Como protesta ante el ataque a nuestras costas por los nazis, se organizó una gran manifestación en San José, encabezada por los comunistas y algunos prominentes ciudadanos que apoyaban a los Aliados y combatían al nazismo y al facismo. Fue muy numerosa la concurrencia y después de escuchar discursos que protestaban contra el acto vandálico del submarino nazi, la manifestación continuó, su ruta por la Avenida Central en dirección a la Sabana. Cuando las turbas llegaron a la esquina del Hospital San Juan de Dios, azuzadas por los cabecillas comenzaron a apedrear la Panadería Musmani que pertenecía a una Familia italiana. Yo estaba ahí y con angustia vi a los que saqueaban la panadería y salían con las manos llenas de pan. Ese fue el comienzo del saqueo de San José. La turba enardecida retrocede sobre la Avenida Central y uno a uno fueron saqueados todos los negocios pertenecientes a alemanes, italianos y españoles. El Bazar la Casa se salvó del saqueo porque su dueño, Don Lucas Gil, se paró, en la puerta del negocio y pistola en mano amenazó con matar al que tratara de destruir su negocio. La turba se detuvo y ante la amenaza del dueño, optó por seguir su camino. La policía brilló, por su ausencia y no fue sino hasta después de la seis, ya anocheciendo, que el gobierno hizo un despliegue de la fuerza pública para restablecer el orden. San José quedó como si hubiera sido un campo de batalla. Vitriñas destrozadas, cristales en las calles y puertas de negocios en el suelo, como si hubiera pasado un huracán.

Pocos días después de los bochornosos acontecimientos del 4 de julio, mi padre contó en casa que lo había llamado el doctor Corvetti, muy amigo y además socio del doctor Mariano Figueres en la llamada Clínica Figueres, que Don Mariano le había informado que esa noche desde la estación de radio Almatica, propiedad de don Gonzalo Pinto, su hijo José, a las siete y media de la noche, pronunciaría un discurso que haría sensación en los medios políticos. El joven Figueres era un agricultor dedicado en la zona sur a la siembra de cabuya para la fabricación de mecates. Nunca había participado en política y en esos círculos era un total desconocido. Anunciando el discurso si acaso apareció una pequeña nota en el Diario de Costa Rica. A las siete y media estaba frente al radio sintonizando Almatica. Sin duda que el discurso fue sensacional por lo inusitado y audaz. Hizo una acerva y valiente crítica de la acción de gobierno. Ridiculizó a los gobernantes por su política agraria y hacendaria e hizo mofa de la colaboración militar que le prestaba a su aliado los Estados Unidos. Se burla de la ayuda que el gobierno le prestaba a su aliado en cuanto a la defensa de los puertos. Se refería a la defensa militar de Puerto Limón en relación con el hundimiento del San Pablo.

En su libro "El Espíritu del 48" Don Pepe transcribe íntegramente su famoso discurso. Para darse un idea de lo satírico y mordaz que fue su planteamiento, vale la pena copiar por lo menos unos de los párrafos que les debe haber ardidado mucho a los hombres de gobierno. Refiriéndose a la plaga de la langosta que en aquellos tiempos era uno de los mayores azotes de los agricultores, dijo Don Pepe:

"Viene la plaga de la langosta que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley designando 50.000 colones a combatirla. La langosta está en Jorco: Primer debate del proyecto. La langosta se comía los frijolares de San Gabriel: Segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineos los cafetales de Rosario. Tercer debate: La langosta en los bajos de Bustamante: El gobierno no sabe que hacer con los 50.000 colones. En Corralillo el Gobierno no tiene los 50.000 colones. Sígase con los tarros espantándola los dueños de milpas de Colpachí. La langosta se murió de frío en los cerros de El Tablazo. El gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Lo que ya han desaparecido son los maizales. Y lo que debería de desaparecer es el Gobierno"

No había terminado su discurso cuando se oyó un escándalo en la estación de radio. Don Pepe apenas tuvo tiempo de decir que la policía venía a detenerlo y terminó su discurso con la siguiente frase:

"Me mandan callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse. Lo resumo en pocas palabras. Lo que este Gobierno debe hacer es irse."

Figueres fue sacado a la fuerza de la radioemisora y encarcelado, y dos o tres días después lo expulsaron del país con destino a El Salvador. De ahí se fue para México donde pasó varios años en el exilio. Fue así como de la noche a la mañana un desconocido se convirtió en un héroe nacional y así lo demostró el pueblo en el apoteósico recibimiento que se le hizo en el Aeropuerto de La Sabana cuando regresó, del exilio, una vez que don Teodoro asumió el poder.

Algunos meses después de las elecciones en que le dieron el triunfo a Don Teodoro Picado, Don León Cortés muere y deja acéfala la oposición. Para sustituirlo surgen tres figuras que pretendían llenar la vacante: Don Fernando Castro Cervantes, un hombre que siempre había estado muy cerca de Don León y además muy acaudalado; don Otilio Ulate Blanco, periodista, dueño y director del Diario de Costa Rica, el periódico de mayor circulación; y José Figueres Ferrer, que se había integrado al Partido Demócrata de Don León, en el que un grupo de jóvenes se habían constituido, dentro del partido, en una ala que denominaron el Grupo Acción Demócrata. Ese grupo, encabezado por Figueres, se coaligó con los integrantes del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, y fundaron el Partido Social Demócrata.

Los más destacados líderes de la oposición decidieron ir a una amplia convención en el Estadio Nacional, donde escogerían al nuevo jefe y candidato de la oposición. Yo me había adherido al Partido Social Demócrata, por haber sido miembro del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales y por lo tanto asistí a la Convención en el Estadio. Fue un largo día, muchos discursos e interminables "vivas a los precandidatos. Finalmente llegó la hora de las votaciones y en la primera el que obtuvo más votos fue Don Fernando Castro, segundo Don Otilio Ulate y en un pobre tercer lugar Don Pepe Figueres. Hubo un receso de una hora y se entró en una segunda votación entre los dos que habían recibido la mayor votación. Antes de la votación, Don Pepe pidió la palabra y anunció que su partido había decidido darle el apoyo a Don Otilio Ulate. El apoyo de Figueres fue decisivo y así don Otilio se convirtió en el jefe y candidato de la oposición.

La administración de don Teodoro Picado fue una réplica de la administración anterior, en la que además era sabido que el poder detrás del trono eran los hermanos Calderón. La campaña política fue una de las más largas y violentas de la historia del país. Para ir a las elecciones la oposición

exigió que se promulgara un nuevo Código Electoral en el que se creara un Tribunal Nacional Electoral que se encargaría de contar los votos y de hacer la declaratoria del Presidente electo. Redactado el nuevo código, se envió al Congreso para su aprobación.

Conforme pasaban los días los diputados del gobierno comenzaron a dar largas al asunto. Se hizo evidente que no tenían intenciones de aprobar la nueva legislación electoral. La tensión fue creciendo y comenzó a intensificarse la violencia. Los diputados de gobierno no dieron su brazo a torcer y continuaron saboteando la aprobación del nuevo Código. La oposición por su parte endureció el tono de la campaña y amenazó con no ir a las urnas si no se aprobaba la nueva legislación.

Se produjo entonces lo que se llamó la Huelga de Brazos Caídos. El jefe de la oposición le pidió a los empresarios y finqueros que todos cerraran sus negocios y paralizaran el país. La respuesta fue inmediata y dos días después de iniciada la huelga, el país se había paralizado. La huelga se había extendido a todas las provincias; los bancos, incluyendo el Nacional, cerraron sus puertas y desapareció toda actividad económica.

Las experiencias del pasado demostraban que la vía electoral no le garantizaba a la oposición que la voluntad popular externada en los comicios sería respetada por los hombres de gobierno. De ahí que todos los esfuerzos de los que combatían a los gobernantes, estaban dirigidos a lograr que la legislación electoral fuera reformada y así crear los mecanismos e instituciones, que le dieran absoluta garantía a los opositores de que el resultado de la elecciones sería respetado.

Las batallas por lograr esas reformas al Código Electoral fueron múltiples y se dieron en distintos campos. El partido de oposición utilizó todas las armas de que disponía para presionar al gobierno a que accediera a sus demandas. Movimientos estudiantiles fueron organizados en los principales colegios de segunda enseñanza, así como en la incipiente Universidad que estaba recién creada. En el campo religioso la iglesia católica dio un importante aporte, brindándole a la oposición el apoyo de la central sindical Rerum Novarum dirigida por el sacerdote Benjamín Núñez. La figura de Monseñor Víctor Manuel Sanabria Martínez, arzobispo de San José, fue determinante en las conversaciones y acuerdos que se llevaban a cabo entre el partido de oposición y las fuerzas gobiernistas. Paralelo a las actividades partidistas, tomó cuerpo un poderoso movimiento de mujeres que se organizaron para dar en forma paralela otra batalla en demanda de las garantías electorales.



Graduados de sexto año del Colegio Seminario con el padre Kesselheim y los profesores Don Adán García, Don Paco Lobo y Don Mario Fernández

Es así como se inició la Huelga de Brazos Caídos, conforme fue tomando fuerza, en forma paralela se inició el movimiento de las mujeres que le anunciaron al gobierno su intención de participar activamente en la lucha que se estaba dando. En un sobrio manifiesto las damas le anunciaban al Gobierno que *"...Es de extrema urgencia poner remedio a esta situación. Esta barbarie no debe continuar. Elevamos ruegos a la Providencia para que nos devuelva la tranquilidad y pedimos a los costarricenses que se unan en una sol haz de voluntades, y soliciten, en la forma que corresponda que los señores Calderón Guardia abandonen el país."*

En la mañana del 2 de agosto de 1947, llegan al Parque Nacional cerca de ocho mil mujeres y se sitúan en las puertas de la Casa Presidencial. Doña Rosarito Brenes de Facio, madre de Rodrigo Facio, es una de las principales dirigentes del movimiento de las mujeres, que anticipando su actuación escriben en la prensa:

"Nos congregamos en la Catedral para una invocación a la Virgen de los Angeles. Luego saldremos hacia la casa presidencial en orden y silencio perfecto, de acuerdo con las instrucciones que ya han sido distribuidas, para presentar un pliego al Sr. Presidente de la República. Tenemos garantías completas para que nuestra manifestación no sea interferida. A los caballeros que han insistido en protegernos, les pedimos vehementemente abstenerse de hacerlo para que nadie pueda decir que hay provocación política alguna en nuestro movimiento. Estamos absolutamente seguras de que no hay costarricense capaz de estorbar un desfile respetuoso de madres y jóvenes costarricenses que sólo piden libertad para nuestro pueblo."

Si al iniciar el día de hoy tuviera Costa Rica la solución ansiosamente esperada, oraremos en acción de gracias en la Catedral y pasaremos luego a expresar al Sr. Presidente de la República nuestra fé en que su gobierno ha de asegurar dentro de su debida autonomía, las garantías que den perfecta confianza a la nacionalidad costarricense."

El Presidente no atiende a las mujeres. Sale de la Casa Presidencial y parado en la puerta que daba al Parque Nacional, se limita a decirles que le pidan un milagro a la Virgen de la Angeles, cerrando, acto seguido, la puerta tras de sí. Las mujeres no dan su brazo a torcer y deciden quedarse en el Parque Nacional hasta que el Presidente atienda sus demandas. Se preparan para pasar la noche frente a la Casa Presidencial, resignadas a soportar la burla y los insultos de militares, mujerzuelas, comunistas y palaciegos. A las once y media de la noche el gobierno ordena desconectar la iluminación del parque y envuelta en la penumbra, la policía lanza contra las señoras la afrentosa furia de sus cintarazos y disparos al aire, obligándolas a buscar refugio en las casas vecinas.

Mi madre, doña Paquita Sobrado, con un grupo de amigas participó en toda esa jornada. Vivíamos entonces a tres cuadras del Parque Nacional y varias veces durante el día, les llevé alimentos y comidas. Cuando cerca de la media noche, se apagaron las luces del parque y comenzó el tiroteo, todas ellas corrieron a refugiarse en nuestra casa. Allí amanecieron.

El milagro se produce al volver el silencio y la calma en altas horas de la noche, en tanto las mujeres van regresando a sus hogares, el Gobierno se ve obligado a dar al pueblo las garantías que este ha sabido conquistar. Esa noche el partido de oposición, el Gobierno y el partido oficial llegan a un acuerdo que sale publicado en los periódicos del día siguiente. Entre otras cosas el Convenio crea un "Comité de Investigación" integrado por tres miembros propietarios y tres suplentes, encargado de investigar cualquier abuso de poder o anomalía en el transcurso de la campaña. Para

ayudar a que retorne la calma, se acuerda declarar una tregua de ocho días, lapso durante el cual se suspenderán toda clase de actividades políticas. En la cláusula segunda del pacto, quizás la mas importante, las partes se comprometen a aceptar *"...como definitiva e inapelable la resolución que sobre las elecciones del mes de Febrero entrante emita el Tribunal Nacional Electoral. Además el Presidente de la República y su Secretario de Seguridad Pública entregarán dentro del término de veinticuatro horas después de firmada esa resolución, el control de la fuerza pública al ciudadano favorecido por la referida declaración de elección."*

Es decir, que el Congreso, al que constitucionalmente le correspondía hacer la declaración de la elección de Presidente, se comprometía a respetar el fallo del Tribunal. El Presidente Picado, el doctor Calderón Guardia, candidato del partido oficial, Manuel Mora, Otilio Ulate, así como los diputados de todos los partidos, suscribieron el pacto. El Código Electoral fue aprobado por el Congreso y se procedió a nombrar el Tribunal Nacional Electoral, que quedó integrado por dos prominentes abogados, ambos Expresidentes de la Corte Suprema de Justicia: Don Gerardo Guzmán, Don José María Vargas, y el excandidato a la Presidencia, el Lic. Don Octavio Beeche. Como suplente fue nombrado Don Max Koberg Bolandi. Se producen los ocho días de la tregua acordada y así volvió a reinar la paz en espera del resultado de las elecciones.

La participación de las mujeres, organizadas como grupo de presión, fue decisivo en el desarrollo de los acontecimientos que culminaron con la promulgación de una nueva legislación electoral, la cual, con unas pequeñas reformas, ha perdurado hasta nuestros días. La gesta llevada a cabo por las mujeres durante las horas que formaron el sábado 2 de agosto de 1947, representa un hito en la historia del país y se le conoce como LAS MUJERES DEL 2 DE AGOSTO.

Don Otilio integró la dirigencia del Partido con prominentes hombres opositores al gobierno. Como Secretario General nombró al Lic. Mario Echandi Jiménez, hijo de Don Alberto Echandi, que había aspirado años antes a la Presidencia y en las elecciones obtuvo el mayor número de diputados, aunque no la mayoría. En ese tiempo las elecciones eran de segundo grado. Se votaba por diputados, y éstos, una vez electos nombraban al Presidente Electo. Aunque Don Alberto contaba con mayoría de diputados, a última hora se coaligaron Don Ricardo Jiménez y el General Jorge Volio, y en lugar de nombrar al mayoritario, escogieron a Don Ricardo Jiménez como nuevo Presidente. Los amigos de Don Alberto, indignados concurrieron a su casa para instarlo a que rompiera el orden Constitucional y tomara el poder por las armas. Muy parsimonioso les dijo: "La Presidencia de la República no vale una gota de sangre de los costarricenses" Por esa famosa frase, Don Alberto pasó a la historia como un verdadero patriota y hombre de paz.

Como jefe de acción del partido nombró a Don José Figueres, quien se había incorporado de lleno a las filas de la oposición. Don Pepe mantuvo la tesis de que el Gobierno no los dejaría llegar a elecciones y en el caso de que la oposición triunfara, no entregaría el poder.

Como Tesorero nombró a Don Ramón Aguilar, acaudalado empresario muy allegado a la burguesía cafetalera. Don Jaime Solera Bennett y Don Manuel Jiménez de la Guardia formaron parte del Comité de Finanzas del Partido.

La campaña del 47, además de larga, fue tormentosa y llena de incidentes. En varias ocasiones el Gobierno utilizó la "cincha" para disolver manifestaciones de la oposición, alegando cualquier pretexto para justificar sus arbitrariedades. Durante el curso de la campaña en la oposición se fueron

formando dos tendencias: la civilista encabezada por Don Mario Echandi, que propiciaba la vía civil y llegar a las elecciones como el medio para derrotar a la coalición del Partido Comunista con el Republicano Nacional, que apoyaban la candidatura del Dr. Calderón Guardia, y la militar seguida por Don Pepe Figueres, quien con escasos fondos que le fue dando la tesorería del partido, se dedicó a comprar armas, sobre todo a miembros de la fuerza pública donde había mucha corrupción. Al mando de Edgar Cardona se organizó una brigada de ataque, encargada de sabotaje, (poniendo bombas, estallando transformadores de los tendidos eléctricos, inutilizando plantas eléctricas, volando puentes y descarrilando trenes). Yo me integré al grupo de saboteadores y participé en varios de los operativos, de los que siempre salíamos ilesos y nunca nos capturaron. El único "salado" fue Federico Apéstegui, a quien culparon de haber puesto una bomba en el periódico oficial La Tribuna, en la que por desgracia murió, el guarda de turno, que dormitaba en una silla no lejos de donde detonó. La verdad es que no fue Apéstegui quien la puso, pero sirvió de chivo expiatorio para amedrentar a los de la oposición, y tuvo que descontar varios meses de cárcel por un delito que nunca cometió.

Conforme se fue acercando el día de las elecciones más violento y agrio se fue tornando el clima político. Los discursos en las plazas públicas eran insultantes contra personajes de los contendientes, se publicaban tarjetas en los periódicos llenas de insinuaciones maléficas e infundios. Me acuerdo que había un buen señor llamado Nicanor Santos Chaves, que accedía a calzar con su firma cualquier postal que redactaran los dirigentes del calderonismo. Los de la oposición lo apodaron como "Ni Capar Chanchos Sabe". Tampoco se me puede olvidar una página satírica y mordaz que escribió Roberto Fernández titulada "[LA ENSEÑANZA DE TAIRAK](#)". Frecuentes eran los enfrentamientos en las calles, donde abundaban las trompadas y los garrotazos. La policía utilizaba la tradicional cincha, y las brigadas de choque comunistas comenzaron a usar el "blackjack" y muchos estudiantes de secundaria fueron a parar a los hospitales para que les cosieran las heridas.

En ese estado de tensión llegó el día de las elecciones. Las votaciones transcurrieron con orden y relativa calma. Excepto uno que otro acto de violencia, a las seis de la tarde se cerraron los comicios y todo el mundo se fue para la casa a esperar el resultado. Desde que comenzaron a llegar los primeros telegramas de las mesas electorales se fue haciendo evidente que el ganador sería Don Otilio Ulate.

Hubo celebraciones en el partido de la oposición y reinó un ambiente de alegría. Faltaba ahora que el Tribunal Electoral hiciera el recuento de la documentación que los presidentes de las mesas entregaron esa misma noche o al día siguiente cuando procedían de lugares alejados.

Trabajando a marcha forzada, a los treinta días el Tribunal dio su veredicto. Los Magistrados dividieron su fallo, los magistrados Guzmán y Vargas le dieron el triunfo a Don Otilio Ulate, y en voto de minoría el Señor Koberg, magistrado suplente, no declara a ninguno de los candidatos como el triunfador alegando que habíanse producido muchas irregularidades, que daban mérito para declarar nula la elección. Conocido el fallo del Tribunal los ánimos comenzaron a caldearse *¡Queremos votar!* fue el grito de guerra de calderonistas y comunistas, que no se conformaron con la derrota de su candidato. Abundaron los insultos contra los miembros del Tribunal y las denuncias de fraude en las elecciones. Llega el día en que el Congreso tenía que hacer la declaratoria de la elección de Presidente y diputados.

El gobierno contaba con treinta diputados incluyendo los seis comunistas, todos los cuales habían firmado el pacto que los obligaba a respetar cualquiera que fuera el veredicto del Tribunal de Elecciones. Dos diputados gobiernistas: Don Francisco Fonseca Charmier y Don Arturo Volio Guardia se apartaron de la línea trazada por el gobierno y no votaron por la anulación de las elecciones. Veintiocho diputados, incluyendo a todos los comunistas, al final de esa tormentosa sesión votaron por la anulación de las elecciones. De hecho hubo un rompimiento del orden constitucional. Se produce un impase en el que nadie sabía a que atenerse. No había presidente ni diputados electos. El sistema político se había desquebrajado.

Pasaron dos o tres semanas de concilábolos entre los líderes de la oposición y las dirigentes del oficialismo, tratando de llegar a un entendimiento. Don Otilio Ulate fue cediendo hasta el punto de aceptar renunciar a su presidencia y reconocer al Doctor Ovares como el nuevo Presidente, sin embargo, por una u otra razón las fórmulas de arreglo discutidas nunca llegaron a concretarse.

Me acuerdo que un día, como integrante del grupo paramilitar de la oposición, me convocaron para que llegara en la mañana a la casa del Dr. Carlos Luis Valverde, que era el sitio donde se reunían los dirigentes del partido de Ulate. Cuando llegué me informaron que debíamos estar listos para tomar los cuarteles porque el Ministro de Seguridad Pública, don René Picado estaba dispuesto a entregarlos. Pasaron varias horas de intensa espera y como a las dos de la tarde nos pidieron que nos retiráramos, porque Don René se había echado para atrás. Poco después de habernos retirado, la casa del Dr. Valverde, en donde se encontraban los máximos dirigentes de la oposición, fue rodeada por la policía con órdenes de tomarla por asalto. El Dr. Valverde en un arrebato de cólera, salió de la puerta de su casa a increpar a las fuerzas de la policía comandadas por un cubano de nombre Tavío. En esos momentos la policía comenzó a saltarse la tapia para penetrar el cuartel general de los ulatistas. Se producen varios disparos desde dentro de la casa y dos policías que intentaban saltar fueron muertos y cayeron en el jardín de la residencia. Se produce una intensa balacera y el Dr. Valverde que estaba afuera porque la puerta de entrada se había cerrado, recibe un balazo en el pecho, que pocas horas después le causó la muerte. Las condiciones estaban dadas para que prevaleciera la solución pronosticada por el Jefe de Acción del ulatismo, Don Pepe Figueres: sólo una revolución sería capaz de terminar con el régimen de los hermanos Calderón, que apoyados por los comunistas, trataban de perpetuarse en el poder.

En una de las múltiples conversaciones que sostuve con Manuel Mora, me contó que la decisión de anular las elecciones, fue larga y ampliamente discutida en el seno del Comité Central del Partido. El mantuvo la tesis de que era preferible dejar las cosas como estaban y no anular las elecciones. De todas maneras el gobierno de Ulate iba a quedar con minoría en el Congreso. No pudo hacer prevalecer su tesis y cuando vino la votación del Comité Central, sólo él voto en contra de la anulación de las elecciones. Por disciplina de partido se vio obligado a votar en el Congreso por la tesis oficial. Esos son los pequeños detalles que dan un curso distinto a la historia.

MI PARTIDA PARA LA LUCHA

Después de que mataron al Dr. Valverde frente a su casa, en el país reinó completa incertidumbre. Se produce un vacío de poder constitucional y el gobierno de Picado se amparó en la fuerza pública para mantenerse en el poder. Agotada la vía civil, la única solución eran las armas y la revolución.

Figueres era el único que estaba preparado para iniciar la lucha armada desde su finca La Lucha.

El grupo de desamparadeños, entre otros Carlos Gamboa, y su hermano Tista, Piquín Fernández y Domingo García, nos fuimos a refugiarnos en la finca de mi padre. Lo que llamaban el Cerro de los Ortuño. Algunos otros fueron llegando, como Federico Apéstegui y su hermano Fernando, Edgar Jiménez, casado con una hermana de los Apéstegui y Roberto Valdeperas, que yo recuerde. Tendríamos un par de días de dormir en la montaña ya que había orden de captura contra todos nosotros, cuando apareció Pepe Pozuelo, figura muy allegada a Don Otilio y primo de los Apéstegui, con un mensaje del jefe de la oposición. Don Otilio nos pedía que todos nos fuéramos para la casa, que él había decidido trasladarse a Panamá y desde allí organizar la lucha armada para derrocar al gobierno espúreo de los hermanos Calderón con sus aliados comunistas. La verdad es que nadie creyó en el mensaje que nos enviaba el señor Ulate. Federico Apéstegui, muy allegado al grupo de Don Otilio, fue el único que regresó, a San José con su primo Pozuelo.

Esa noche nos sentamos a deliberar sobre el camino que debíamos seguir. Sabíamos que Don Pepe Figueres se había concentrado en su finca La Lucha, y que contaba con armas para iniciar una revolución. Lo único que nos quedaba era unírnos a ese grupo.

En el jeep de mi padre y otro vehículo que conseguimos, todos los "desamparadeños" nos fuimos para La Lucha. Había un problema: Don Pepe sólo recibía a gente que llegara armada. Sólo Roberto Valdeperas no tenía arma. Yo contaba con una pistola y un rifle de ordeñar calibre doce. Mi pistola era el pasaporte de Valdeperas para ingresar a La Lucha, y se la presté con ese fin, pero nunca me la devolvió.

En la finca La Lucha habrían unos sesenta o setenta hombres armados. Entre otros estaban Frank Marshal, Edgar Cardona, Vico Starke, Bruce Masis, Max (Tuta) Cortés y su hermano Fernando, José Delcore y su primo Renato, Edmond Woodbridge, Carlos (Pocholo) Mendieta, Benjamín Piza, Juan Arrea y su hermano Jorge, Joaquín Garro, Roberto Fernández, Don Manuel Camacho, Macho Núñez, Alberto Martén, Benjamín Odio, el padre Benjamín Nuñez y algunos más que se me escapan de la memoria. El grupo de los desamparadeños, que éramos como quince, significó un valioso refuerzo al contingente revolucionario.

Don Pepe todos los días nos daba entrenamiento militar, por cierto muy primitivo, donde nos explicaba el Plan Magnolia y el Plan Clavel. Uno era cerrar territorio y el otro era la toma de San Isidro del General.

Recuerdo que en uno de esos entrenamientos se me fue un tiro, por suerte la escopeta miraba hacia arriba, y lo que sucedió fue que le destapé el techo al galerón donde entrenábamos. No se me olvida el día que llegó, el doctor Don Mariano Figueres, padre de Don Pepe, a darnos instrucciones de primeros auxilios. Comenzó por explicarnos el funcionamiento del sistema sanguíneo y cómo distinguir la sangre arterial y la venosa, esto con el objeto de ligar el sangrado con un torniquete arriba o debajo de la herida. Nos explicó que si la herida era en un brazo, había que sujetarlo al pecho, y si era en una pierna, después de hacerle un torniquete, acostar al herido. No se olviden -nos remarcó- que en esos casos "brazo al pecho y pierna al lecho". En esos momentos, alguien que lo había escuchado le preguntó: *"Dígame, Don Mariano, y si el balazo es en el estómago, qué es lo que tenemos que hacer?"* *"Oyeme chico, si tenéis una aspirina, dádsela para que muera con menos dolor"*. Así terminó la clase de primeros auxilios y todos nos quedamos muy compungidos y

preocupados de los riesgos que significaba ir a la guerra.

LA TOMA DE SAN ISIDRO DEL GENERAL

Finalmente llegó el momento de iniciar el Plan Clavel, o sea cerrar un territorio revolucionario. El otro era el Plan Magnolia, que consistía en la toma de San Isidro de El General, y nosotros a la vez habíamos ideado nuestro propio plan, que lo llamamos "Plan Canal": consistía en que en caso de fracasar el Plan Magnolia, todos nos dirigiríamos cuesta abajo hasta llegar a Panamá, donde "tal vez" nos encontraríamos con Don Otilio Ulate.

Como al medio día, después de haber "almorzado", en dos camiones de carga nos montaron los que cabían y nos llevaron a La Sierra, como se conocía el desvío de la carretera panamericana que entraba a la finca La Lucha.

Ahí pasamos el resto del día y toda la noche muertos de frío, envueltos en sacos de gangoche. No volvieron a darnos de comer, hasta como a las nueve de la noche, que llegó la comida. A mi me dieron un envoltorio de papel periódico que contenía un puñado de frijoles negros helados. Tal era el hambre que me comí hasta el último frijol. No disparamos un solo tiro y a la mañana siguiente parte del contingente ahí emplazado lo devolvieron a La Lucha. Yo iba entre esos. Don Pepe nos anuncio que ese día se iniciaría el Plan Magnolia. Al ingeniero Edgar Jiménez y a mi nos ordenó salir, anticipadamente en el jeep que yo había llevado, con el objeto de que Edgar, que conocía a los ingenieros norteamericanos que construían la panamericana, estacionados en el Plantel de la Mills, les explicara que estaba a punto de iniciarse una revolución para derrocar al gobierno de Picado. Que tanto el personal norteamericano, como los equipos de construcción serían respetados. Yo me quedé en el portón del plantel conversando con el guarda mientras Edgar cumplía su misión. Unos tres cuartos de hora después regresó Edgar muy sonriente, ya que los gringos no solo no hicieron objeción alguna, sino que estaban dispuestos a hacerse de la vista gorda si utilizábamos algunos de los equipos de la carretera.

Cumplida la misión, seguimos para San Isidro donde llegamos en el atardecer. Ahí nos estaba esperando Don Manuel Camacho y con él Macho Núñez y el personal de aviación, que se encargarían de volar a Guatemala a traer armas para la revolución, en los aviones de TACA que al día siguiente íbamos a capturar.

Para la toma de la plaza de San Isidro se fijaron tres objetivos: la toma del Resguardo Fiscal, la toma de la Jefatura Política y la toma del aeropuerto. Carlos Gamboa y su grupo se harían cargo de tomar la Jefatura Política. Edmond Woodbridge y su grupo, entre los que estábamos Fernando Cortés, Roberto Fernández y yo, les correspondía tomar el Resguardo Fiscal. Nos pusieron un guía que estaba muy nervioso y nos hizo dar un montón de vueltas. Se había convenido que media hora después iniciaríamos el ataque, pero cuando finalmente nos mostró la pared posterior de una casa de madera, la señaló y nos dijo "*¡Ese es el Resguardo!*" y salió corriendo. El contingente, que seríamos de unos diez o doce, contaba además de las escopetas y pistolas, con dos armas poderosas. Roberto Fernández portaba una subametralladora alemana de las que usaba la SS. Linda era el arma porque el magacín le entraba de medio lado. La otra arma "poderosa" que la traía Fernando Cortés, era una granada de mano de las legítimas del ejército americano. No nos habíamos todavía acomodado frente al objetivo, cuando oímos el tiroteo de los hombres de Carlos Gamboa que había iniciado la

toma de la Jefatura. Nos tiramos en una zanja y comenzamos a dispararle a la pared del Resguardo. Con mi escopeta doce que la usaba con tiros 12 de un solo plomo, que me los había dado Miguel Ruiz antes de irnos a pelear, comencé a disparar contra la pared de madera tan rápido a como podía ordeñarla. Así estuvimos como una hora, sin saber si estábamos blanqueando a los guardas fiscales. De pronto se oye la voz de Edmond Woodbridge que ordena. "*¡La ametralladora!*" Roberto Fernández se levanta y muy parcimonioso, monta el arma y aprieta el gatillo. "Poom", sonó un tiro sin dar ráfaga. Vuelve a montar otro tiro y "Poom", volvió a sonar. Vuelve Roberto a montar otro tiro y el resultado fue el mismo. La ametralladora no daba ráfaga. Ahí fue cuando alguien gritó: "*¡Roberto, o te agachás o te van a pegar un tiro!*" Después averiguamos que las balas que le dieron no eran las indicadas para la ametralladora de la SS alemana. Así terminó la intervención de Roberto y su linda ametralladora. Pocos minutos después Edmond dio otra orden: "*¡La Granada!*" Inmediatamente se levanta Fernando Cortés, le extrae el seguro a la granada y la lanza contra la pared del Resguardo. La vi chisporrotear en el aire y oí cuando pegó en la pared de madera. Me eché de panza en la zanja en que estaba y me tapé los oídos para que la explosión no me fuera a reventar los tímpanos. Nunca había visto reventar una granada de verdad. Sonó una gran explosión, como si hubiera detonado una bomba de aviación. Vimos como los guardas fiscales, muy asustados, salieron corriendo de las instalaciones del Resguardo. Habíamos logrado cumplir con el objetivo asignado de tomarnos las instalaciones del Resguardo Fiscal. En la toma de la Jefatura por Carlos Gamboa y su grupo, murió Don Carlos Mora, el Jefe Político, y su hijo, que salieron armados a defenderla. Por cierto que al día siguiente no me aguanté las ganas de ir a ver el "cráter" que había dejado la granada al explotar. Anduve para arriba y para abajo la pared de madera del Resguardo, y no pude encontrar la menor seña causada por la explosión de la granada. Pero ni una hierba apachurrada.



Fernando Ortuño y Daniel Oduber, estudiantes de la Universidad de McGill en Montreal, Canadá en 1945

CAPTURA DE LOS AVIONES Y EL PUENTE AEREO CON GUATEMALA

Ya estaba amaneciendo cuando nos juntamos en la plaza a celebrar el triunfo y a gritar "*¡Viva la revolución!*" De ahí nos fuimos todos al aeropuerto a esperar la llegada de los aviones.

Ese día habían programados dos vuelos regulares. El primer vuelo llegó muy temprano, como a la seis y media. Desembarcamos a los pasajeros y si no me equivoco venía piloteado por Otto

Escalante, quien de inmediato se incorporó a las fuerzas revolucionarias. Tal vez una hora después llegó, el segundo avión de TACA, que también lo capturamos. Ahí venía Johnny Victory de piloto, quien también se incorporó a la revolución. Los pilotos, que conocían bien la operación de la compañía de aviación tuvieron la idea de llamar a las oficinas de TACA y decirles que una llanta de uno de los aviones se había desinflado y pidieron que les mandaran un repuesto y ciertas herramientas que requerían para montarla. Como una hora después apareció el tercer avión de TACA. De inmediato se le extrajo toda la gasolina a uno de los aviones y con ella llenaron los tanques de los otros dos y sin perder el tiempo, al mando de Macho Núñez y Otto Escalante zarparon para Guatemala.

A esas alturas personeros de TACA, comenzaron a reclamar la tardanza en la salida de regreso de los tres aviones. Ahí fue cuando Edmond Woodbrige entró en acción. Se identificó como el difunto Carlos Mora, Jefe Político de San Isidro, y hablando como campesino les dijo que en uno de los aviones habían llegado un montón de revoltosos que habían armado una gran bronca, por lo que tuvo que detenerlos y parar la salida de los aviones. Que cuando hubiera restablecido el orden, permitiría la salida de los aviones. Así los mantuvo cuenteados varias horas. "Que el Jefe Político se había ido a almorzar. Que el Jefe Político se había ido a hacer una necesidad. Que estaba deteniendo a los revoltosos. Y cuando ya no les creían, volvía a personificar al Jefe Político y ponía toda clase de pretextos para no dejar salir los aviones. Serían como las tres o cuatro de la tarde cuando salió al micrófono Mr. Anson, gerente general de TACA, que quería hablar personalmente con el Jefe Político. Después de hacerlo esperar un rato le salió Edmond con acento de polo y le preguntó qué se le ofrecía. *"Mire Señor Jefe Político, el presidente Picado me ha autorizado para que le de la orden a los aviones de salir de inmediato para San José"*. Todos estábamos muertos de risa de las ocurrencias de Edmond, sin saber cómo le iba a contestar. De pronto, con voz muy firme, le dijo: "Mire, Mr. Anson, vayase mil veces pa'la mierda. Ya estalló la revolución y usted está hablando con el territorio liberado. Aquí no manda el gobierno, los que mandamos somos nosotros" y cerró la comunicación "¡Gringo hijuputa, eso era lo que se merecía!" -comentó muerto de risa-

En cuanto los aviones tuvieron los tanques llenos, piloteados por Macho Núñez y Otto Escalante se elevaron con rumbo a Guatemala. Regresarían con las armas al día siguiente muy temprano. Para confirmar que la plaza estaba aun en manos nuestras, teníamos que colocar en media pista dos sábanas blancas en forma de cruz. Ellos sobrevolaban la pista a baja altura y después de dar una vuelta, aterrizarían. Para nuestra sorpresa, porque aun éramos muy escépticos sobre las conexiones de Don Pepe en Guatemala, antitos de las seis, oímos el ruido de los motores de los dos aviones. Pasaron sobre la pista, vieron la cruz de las sabanas, dieron una vuelta y aterrizaron uno detrás del otro. Todos corrimos a esperar a que los aviones abrieran sus puertas. De pronto comienzan a salir hombres armados a quienes no conocíamos. Fuera de los pilotos, el único tico conocido era Fernando Figuls, que había viajado a Guatemala como representante de Figueres. Los dos aviones, al máximo de su capacidad, venían taqueados de armas y de parque. Hasta un cañón de la guerra del 14 con sus balas, y dos ametralladoras Hoshkins de sitio, de fabricación francesa. Lo que más traían eran rifles mauser argentinos de 7mm.

Todos los extranjeros que llegaron eran revolucionarios centroamericanos y caribeños. Que yo recuerde venían el General Ramirez, Paco Morazán, Baez Bone, el Indio Sanchez, y el capitán Tercero. Después llegué a enterarme que las armas le pertenecían al General Rodríguez que las

había adquirido para derrocar a Trujillo en República Dominicana. Las prestaba a don Pepe con la condición de que triunfante la revolución se las devolvería junto con todas las armas no gubernamentales que se capturaran. Los dos aviones, una vez que descargaron el armamento, se volvieron a elevar, dirigiéndose a Guatemala a traer otro cargamento de armas.

En Guatemala había dos hombres fuertes: el Coronel Arbenz, y el Coronel Arana. El primero era el Ministro de Defensa y el segundo era el Jefe del Estado Mayor. Guatemala era gobernada por el Presidente Arévalo. Fue el Coronel Arana el que nos ayudó permitiendo que cargáramos las armas en un aeropuerto del ejército guatemalteco.

La mayor parte de las armas que iban llegando se enviaban a Santa María que era donde Don Pepe había establecido su Cuartel General. Las que nos dejábamos en San Isidro era para entrenar voluntarios que deseaban ir a pelear. Me da risa el entrenamiento que les dábamos. Lo primero era enseñarles cómo manipular la "bisagra", luego cómo cargar el rifle, y finalmente cómo apuntar y disparar el arma. Para completar el entrenamiento, con un blanco al frente, les permitíamos disparar un tiro... y ya estaban listos para ir al frente. En camiones los íbamos mandando para Santa María. Aunque no lo parezca el tico es muy arrojado y valiente, y a veces pienso que cuando se acostumbra al enfrentamiento hasta disfruta de la guerra.

Un día, asesorados por uno de los oficiales extranjeros, se nos ocurrió probar el cañón. Lo llevamos al campo de aterrizaje, lo emplazamos en dirección a un cerro que había al final de la pista. El experto fijó la mira y el ángulo del cañón, apuntando a la base del cerro. Hecho eso, se le introdujo una bala, que difícilmente se la aguantaba un hombre. "Estamos listos" -dijo- todos nos tapamos los oídos y él jaló el percutór. ¡Buuuum!, sonó el cañón, y nos quedamos viendo la base del cerro, donde nada pasó. De pronto uno de los que observaba pegó un grito y señaló a dos metros del cañón donde había caído la enorme bala. Todos salimos corriendo antes de que a la bendita bala se le ocurriera estallar. Optamos por mandar el cañón a Santa María para que allí le dieran otra probadita.

En las mañanas esperábamos a los aviones del gobierno que llegaban a bombardear la ciudad. Eran DC3, con la puerta despegada. Por ahí lanzaban las bombas, las que vistas desde abajo parecían que le iban a dar a uno en la cabeza. Entre tanto todos le disparábamos. El problema era decidir si uno hacía sus necesidades antes o después del bombardeo. Una vez me encontré a Don Manuel Camacho, en media plaza, disparándole al avión con su escuadra calibre 22. En las tardes nos dedicábamos a "entrenar" nuevos soldados para mandarlos al frente.

Un día llegó Don Pepe a enterarse de cómo andaban las cosas en San Isidro. Pasó ahí la noche y al día siguiente todos nos fuimos a desayunar al comedor del plantel donde atendía a dos excelentes cocineras. Apenas habíamos comenzado a servirnos, cuando llegaron los aviones a bombardear. Todos corrimos a refugiarnos y comenzamos a dispararle al avión. Don Pepe cuando se dio cuenta de que estábamos desperdiciando el valioso parque con que contábamos pegó un grito ordenando: "¡PAREN EL FUEGO! ¡PAREN EL FUEGO!" El avión descargó todas sus bombas y enfiló para San José. Regresamos al comedor a terminar el desayuno. Las cocineras nos informaron de que teníamos que esperar a que prendieran de nuevo la cocina, porque ante la orden de Don Pepe le habían echado agua a la cocina para apagar el fuego. Hasta Don Pepe se echó la gran carcajada.

Sobre lo que pasaba al otro lado del Cerro de la Muerte, era muy poco lo que sabíamos en San Isidro. Una vez llegó Frank Marshal con Pepino Delcore y algunos otros amigos, que venían a

descansar del intenso frío que hacía en El Empalme. Se metieron en una cantina y se pegaron la gran juma y les dio por disparar tiros al aire. Tal era la balacera, que con buenos modales nos les acercamos y así pudimos desarmarlos. Al día siguiente, ya tranquilos regresaron al Empalme.

Después del triunfo de la revolución me enteré de cómo fue la muerte del Coronel Rigoberto Pacheco. Cuento la versión que escuché. Parece que un día el Coronel Pacheco, hombre muy valiente y versado en situaciones de guerra, ya que había servido en la Legión Extranjera en Africa, entró por el Tablazo y se dirigió a uno de los Santos. De pronto se encontró con un piquete del Batallón León Cortés, al frente de los cuales estaba Carlos Gamboa. Se bajó del jeep, sacó su pistola y encañonó a Carlos, que a su vez lo apuntaba con su rifle. Se quedaron unos instante mirándose fijamente, el Coronel bajó su pistola y Carlos hizo lo mismo con su rifle. Dio media vuelta, se montó en el jeep y le ordenó regresar a su chofer, de quien no recuerdo su nombre, pero le decían Perro Negro.

No satisfecho con lo que había visto en los cantones del sur, el Coronel Pacheco, decidió enterarse de lo que estaba pasando en las fincas de Figueres, entrando por la panamericana. Todavía Figueres mantenía un contingente en La Sierra para impedir el paso hacia San Isidro. Cuando lo vieron venir, le abrieron fuego y lograron herirlo. En la conmoción el jeep que manejaba Perro Negro, cayó en la alcantarilla y se medio volcó. Perro Negro logró sacar al herido y apoyado en sus hombros se internó en la montaña. Encontró un árbol caído y sobre el se sentó a descansar con su jefe herido. Un muchacho joven, del que me reservo el nombre, los encontró sentados sobre el árbol. Sin decir palabra, con su rifle calibre 22, apuntó al Coronel Pacheco, disparó y lo pegó en la base de la garganta. El Coronel cayó asfixiándose y moribundo. Luego le ordenó a Perro Negro que se rindiera, porque estaba rodeado, y que pusiera las manos arriba. Llevaba una pistola al cinto, entonces le ordenó que con cuidado la sacara y se las tirara a sus pies. Recogió la pistola, que era una 45 niquelada con cacha de conchanacar. Sin más preámbulo, a escasos tres metros le disparó en el estomago. El impacto de una bala 45 es tremendo. Lo hizo levantado y fue a caer a la par del Coronel que daba los últimos suspiros de su vida. Conocidos los hechos, Don Pepe se comunicó con el gobierno, para que enviaran a recoger los cadáveres y así darles adecuada sepultura.

Hay otra anécdota interesante que la cuento porque la escuché del propio protagonista. La Lucha había sido tomada por tropas de gobierno y Don Pepe, con toda su gente, incluyendo las estacionadas en La Sierra, se posesionó de Santa María de Dota. Antes de evacuar esa zona Don Pepe se fue para El Empalme, donde la familia Apéstegui tenía una finca de lechería y una modesta casa. Ahí estaba mi primo Fernando, y me contó que Don Pepe le entregó cuatro rifles máuser con cinco tiros cada uno y le dijo que armara a cuatro de sus peones y se hiciera cargo de defender ese punto.

El contingente mejor preparado, porque había sido entrenado por oficiales del ejército americano, era lo que conocía como la Unidad Móvil, comandada por el Coronel Egidio Durán. Ese día el Coronel Heugh, ataché militar de la Legación Americana, había viajado por la carretera panamericana hasta el plantel de la Public Roads en Villa Mills, a enterarse del estado en que se encontraban el personal norteamericano de la compañía constructora de la carretera. Comprobando que todos se encontraban bien, emprendió el viaje de regreso. Después de pasar El Empalme, donde había conversado con Fernando Apéstegui, se topó con la Unidad Móvil que venía avanzando hacia San Isidro. Lo reconoció el Coronel Durán y le hizo señas para que se detuviera y le preguntó.

"Dígame, Coronel, usted que viene de adentro, ¿cómo ve la situación militar? "Están muy armados y bien emplazados. Si yo contara con un pelotón de paracaidista, lo pensaría mucho antes de emprender un ataque" -le contestó el Coronel- "Eso es lo que me temía, voy a pedir refuerzos antes de continuar avanzando" -comentó el Coronel Durán- y esperó 24 horas para continuar avanzando.

Entre tanto Don Pepe, que ya contaba con las armas que habían llegado de Guatemala, organizó un contingente al mando de Frank Marshall, para que se ubicaran en El Empalme, como el punto de defensa del territorio ocupado. Si el Coronel Durán con la Unidad Móvil hubiera seguido avanzado, habría llegado a San Isidro sin encontrar resistencia alguna y posiblemente habría tomado la ciudad y terminado con el puente aéreo que existía con Guatemala. Cuando al día siguiente, con los refuerzos recibidos, continuó su avanzada, en El Empalme se encontró con la tropa de Frank que lo detuvo y no lo dejó pasar. Esas son las paradojas de la vida: una chana del Coronel Heughs cambió la historia de la revolución.

DESEMBARCO EN DOMINICAL

En Dominical había un pequeño muelle y se pensó que ese podría ser el punto de desembarco de tropas del gobierno para reconquistar la ciudad de San Isidro. Al mando de un lugareño se destacó un contingente para cuidar el sitio y no permitir que atracaran lanchas oficiales con hombres armados. De pronto apareció una gran lancha con cientos de hombres que gritaban ¡VIVA CALDERON GUARDIA! Nuestro comandante se asustó y salió corriendo. Así fue como desembarcaron cerca de seiscientos, en su mayoría trabajadores bananeros, al mando del "general" Tijerino y de Carlos Luis Fallas. La tropa lugareña se apostó en un sitio montañoso cerca del Rio Barú, con intención de repeler a los invasores. La noticia llegó a San Isidro pidiendo que mandaran refuerzos. Salimos en un pick-up a reforzar a los que trataban de impedir la entrada de las tropas gubernamentales.

Era un sitio muy boscoso en el que rara vez se distinguían las figuras de los atacantes. Oíamos que de la montaña nos disparaban y nosotros contestábamos el fuego a la maleza. Lo mas mortificante para mi era oír el sonido de una corneta, que constantemente sonaba cambiando la entonación. ¿Será una orden de ataque? ¿Será de repliegue? ¿O será un cambio de posición? Fue la primera vez que oíamos una corneta dandole órdenes a una tropa en ataque. Con los años me vine a enterar de que el cornetista era el hijo de Calufa Fallas.

Seguimos disparándole a un enemigo que no veíamos. Ahí fue donde aprendí a calcular la ruta de las balas. Cuando chillaban, era que habían pegado en una rama o en un árbol y ya desfiguradas seguían rotando produciendo como un silbido en mi bemol. ¡Puiiiing! De esas balas no había que preocuparse porque iban lejos. De las que sí había que preocuparse eran las que al oído sonaban como un soplido. ¡Fuiit! ¡Fuuiiit! Esas sí andaban cerca y había que cubrirse tras un árbol o una roca.

Así pasamos toda la tarde hasta que nos dimos cuenta de que nos estaban rodeando. Se ordenó entonces la retirada, hasta encontrar un sitio mejor protegido para hacerle frente a los invasores. Yo me monté en uno de los últimos camiones que evacuaban nuestra tropa, pero me di cuenta de que aun quedaban algunos revolucionarios esperando transporte.

Llegamos al sitio escogido por los lugareños. Me sentía muy cansado, me acosté y caí dormido. En

la madrugada me despertó una acalorada discusión entre Benjamín Odio y el hombre a cargo del mando del contingente. Benjamín alegaba que ese punto no era el indicado para hacerle frente a la tropa del gobierno y que deberíamos situarnos más abajo, en un sitio donde convergían el camino que lleva a la zona bananera y la carretera principal. La discusión se fue caldeando cada vez más, hasta que Benjamín, encolerizado, gritó. ¡Qué se levanten los que se vienen conmigo! Sólo Carlos Mendieta y yo nos levantamos. Cogimos nuestras armas y seguimos a Benjamín. Yo llevaba un foco para ir iluminando el camino por las noches. Encontramos el sitio que Benjamín buscaba, y en un paredón cercano a la carretera nos sentamos a esperar la llegada del resto de nuestra tropa. Como era de esperar, los tres nos quedamos dormidos.

No podría precisar cuánto tiempo estuvimos durmiendo. Me desperté cuando oí pasos de gente que se aproximaba. Pensé que era el resto de nuestro grupo que habíamos dejado atrás, le dí un codazo a Benjamín y dije ¡Benjamín, ahí viene la tropa! y encendí el foco iluminando a los que venían caminado. De inmediato me dí cuenta de que eran los enemigos. Nos apuntaron con los rifles y nos ordenaron poner las manos arriba. Yo estaba envuelto en una cobija, me levanté y manos arriba extendí la cobija para tratar de cubrir a mis dos compañeros. Pocholo hizo otro tanto.

Aguijoneando la memoria por mi urgencia en describir mi participación personal en un memorable hecho histórico, he planteado a quienes lean mis líneas una situación egoísta y egocéntrica. Así explico algunas misiones que impiden captar globalmente muchas acciones, por lo que presento aquí excusas. Un lector habrá tenido que preguntarse de donde salen los personajes, acciones bélicas y otras circunstancias. En el caso del desembarco en Dominical, enmendaré mal entendidos transcribiendo ahora lo escrito por mi amigo Alberto Cañas en columnas publicadas por el diario LA NACION cuando ya Costa Rica estaba en paz.

De las publicaciones del gran escritor, comenzaré con las tituladas "Comienza San Isidro". Dice así, refiriéndose a la situación de la ciudad tomada por la revolución:

"Había mucho que hacer y había que hacerlo. Así comenzó el entrenamiento de voluntarios, que luego se enviaban al Cuartel General de Santa María. No creo que se tratara tan sólo de gente del lugar. De todas partes comenzaron a presentarse hombres. Desde Buenos Aires llegaban los voluntarios, después de tres días de caminar. Y los muchachos que habían tomado y ocupado San Isidro, comenzaron a someterlos a un entrenamiento duro y concienzudo, que los convirtió en soldados valiosos para la causa revolucionaria".

Se habla enseguida de los bombardeos aéreos que el Gobierno inició menos de dos días después de la toma de la ciudad y continúa así:

"Ante ese bombardeo y la inminencia de nuevas incursiones de la misma índole, se apresuraron los trabajos de defensa. Y en una tarde de trabajo intensivo y eficaz, llevado a cabo por oficiales, por soldados y por civiles, se acondicionaron trincheras en la plaza de San Isidro. Estas trincheras fueron escenario de una de las hazañas más espantosas, más desesperantes y más desesperadas de toda la guerra."

Continúa la columna:

"Los aviones gobiernistas no lograron detener los cargamentos de armas, ni las operaciones aéreas de la revolución. Desde el primer día, la aviación gobiernista fracasó. De nada sirve un

bombardeo si no destruye la importancia militar que el objetivo tiene para los que lo ocupan. San Isidro siguió siendo San Isidro. El campo de aterrizaje de San Isidro siguió siendo la arteria fundamental del Ejército.

Sin embargo, el deseo del Gobierno no era sólo el de destruir San Isidro, sino también el de recuperarlo. Y su defectuosa aviación no iba a lograr semejante empresa, contra hombres valientes, dispuestos a pelear y a jugarse la vida.

Un día se anunció que Carlos Luis Fallas y el General Tijerino saldrían con sus célebres columnas de "linieros" rumbo al Sur".

Puede leerse después:

"Fallas y Tijerino se organizaron en la Zona Bananera y un buen día desembarcaron en Dominical".

Les faltaba, sin embargo, mucho para llegar a San Isidro. Nuestra captura la relata Cañas en la columna titulada "El hombre del foco" en los siguientes términos:

"En la Faralla había veinticinco hombres al mando de Juan Arrea y Roberto Fernández. Un día salió de San Isidro Benjamín Odio con cincuenta hombres, con instrucciones de reforzar a los hombres de La Faralla".

Sigue narrando Cañas:

"Sin embargo cuando Odio y su gente llegaron, ya era tarde y amenazaba anochecer. Por eso no pudo realizarse el plan inmediato de abandonar La Faralla y buscar una posición más adecuada".

Sigue el relato:

"Benjamín Odio tenía que ir de nuevo a San Isidro. Cuando regresó, pudo notar que los hombres que habían salido hacia el cerro favorable, habían seguido recto. Efecto de la oscuridad, de la noche y del cansancio.

La posición cogida por error no era buena. Había que ir al cerro que se había acordado tomar. Pero la tropa y algunos oficiales prefirieron quedarse donde estaban. Entonces, como el cerro se había considerado como una posición imprescindible, se fueron hacia él Odio, Mendieta y Ortuño.

El encuentro con los del gobierno viene enseguida.

"La noche -terrible segunda noche- era oscura, y tras el caminar unos pocos kilómetros, decidieron que se habían perdido. Entonces se echaron a descansar y el cansancio los durmió en la falda de una loma".

Un ruido los despertó, un ruido de marcha sobre la carretera, un chas, chas, a gran distancia, un rastrilleo de gentes. Creyeron que eran los hombres que habían quedado ese día en Las Tumbas, y se despreocuparon. Al poco rato volvieron a despertarse, y pudieron ver los bultos de los que hacían el ruido. Sólo los bultos; solo las siluetas recortadas en la noche. Eran veinte. No se sabía quienes eran, pero los tres presumieron que serían los de Las Tumbas. Cuando terminaron de pasar Odio les dio un ¡Alto! con energía, como quien manda. Se detuvieron. *¿Por qué tardaron tanto?* -les preguntó- *Estábamos esperándolos.* Los otros no contestaron. Eran sólo una avanzada, el grueso, con Fallas a la cabeza, venía atrás. Como no contestaban, Odio encendió un foco que traía, y

alumbró, la cara desconocida de un negro.

No había que perder la calma. Había que seguir dando la impresión de que eran amigos. *"Así es como se pierden las causas"* les gritó. Y siguió, increpándolos duramente mientras retrocedía hasta donde se encontraban Mendieta y Ortuño, a quienes murmuró *-¡Nos cogieron!*

Los mariachis parecieron darse cuenta de la situación, y gritaron su contraseña: *-¡Santa María!*

Algo había que responderles. No se podían quedar callados.

¡DOTA! -gritó Benjamín Odio.

-¿Quién dijo Dota?

Fue un coro el que hizo la pregunta, que se repitió en otras voces, como un eco: *¿Quién dijo Dota? ¿Quién dijo Dota? ¿Quién dijo Dota?*

Benjamín Odio era la presa mas solicitada de las fuerzas gobiernistas. Ortuño y Mendieta decidieron ver qué se podía hacer por salvarlo. Ortuño se levantó entonces, y se entregó. Lo cogieron a culatazos. Mientras tanto Odio se había tirado al suelo como primera providencia. La situación no podía ser mas comprometida para aquellos tres hombres aislados.

A todo esto iba llegando el grueso de la tropa enemiga, jefeados por Carlos Luis Fallas, que venía a caballo. Mendieta decidió seguir el ejemplo de Ortuño y se entregó también. Y por supuesto fue agredido en igual forma que su compañero. Odio sabía lo que le tocaba si lograban capturarlo, y siguió en el suelo.

De pronto alguno recordó el foco con que los habían alumbrado, y exigió de Mendieta que se lo entregara.

¡No lo tengo! -respondió-

Ortuño tampoco lo tenía. Entonces se dieron cuenta de que faltaba uno. No sospechaban quién pudiera ser, pero necesitaban cogerlo. Comenzaron a oírse las voces:

¡Dónde está el del foco?

¡Cojan al del foco!

¡Cuidado se les va el del foco!

Mientras tanto, Benjamín se había desabrochado la faja del parque y tirado su rifle. Tenía unos cuantos segundos para salvarse, con una acción desesperada. Estaba tirado en el suelo, prácticamente en el centro de la tropa enemiga. Se incorporó lentamente, cuidadosamente y comenzó a gritar lo que los otros gritaban.

¿Dónde está el del foco?

-¡Cuidado se les escapa el del foco!

Y al mismo tiempo, los insultaba y los empujaba, como hacían los otros.

¡Que no se les vaya el del foco!

Cuando estuvo aislado, cuando se sintió sólo, se dejó caer en un guindo, precipicio abajo. Ortuño y

Pocholo Mendieta fueron prisioneros de Fallas por seis días más.

Nos amarraron las manos atrás. Nos sentaron al borde de la carretera a esperar a que llegara alguno de los oficiales. Cuando éste llegó comenzó a hacernos preguntas tontas. *¿Cómo te llamas? Francisco Rojas -fue mi respuesta- y qué es lo que hacés? "Soy tractorista de la compañía"*. Pocholo dio otro nombre inventado y se definió como ayudante de tractorista. Entonces comenzaron a preguntarme: que cuántos eran los que los estaban esperando y que cuántas ametralladoras tenían. Les respondí que no sabía. Alguien se me abalanzó y me dio un fuerte culatazo en la cabeza que me hizo ver estrellas. El golpe me dejó la cara ensangrentada. Tal vez esa sangre fue la que me salvó la vida, porque más de uno a gritos pedía que nos fusilaran pero mi apariencia era tan patética que solo inspiraba lástima. El que nos interrogaba nos seguía increpando a gritos: *¡Contestá hijueputa o te fusilamos!* Ante semejante amenaza opté por complacerlos. *"Está bien, les digo todo lo que sé"*. -y comencé a exagerar- *"Como unos quinientos hay allí arriba y supongo que las ametralladoras son unos rifles grandotes con una cinta de tiros. De esas yo conté seis"*. Y así seguí mintiendo hasta que llegó el General Tijerino. Nos apartó de los que nos rodeaban y comenzó un nuevo interrogatorio que para Pocholo y para mí fue fácil porque ya nos sabíamos la historia y lo que hicimos fue repetirla. En esos momentos salió a la carretera un grupo de campesinos enarbolando banderas de la oposición y gritando VIVA ULATE, VIVA DON OTILIO ULATE. Venían desarmados, los capturaron y los sentaron al borde de la carretera. A Pocholo y a mí nos mantuvieron aislados.

Un rato después llegó Calufa. En respuesta a sus preguntas nos sujetamos a repetir el cuento que habíamos inventado. *"Así es que te llamas Francisco Rojas, y quién es tu papá?* En ese tiempo había un carajo al que le decían Jupa de Tabla, cuyo apellido era Rojas ahora no me acuerdo del nombre. *"Así que sos hijo de Jupa de Tabla -comentó Calufa y agregó Me decís que sos herediano, ¿decime a dónde vivís en Heredia? Ahí si que me desconcertó porque de Heredia no conocía ni el nombre de una pulpería. Lo único que se me ocurrió fue decirle que vivía a la pura entrada de la ciudad.*

"Me estás mintiendo, jodido" -me contestó Calufa sonriendo con sarcasmo- *"Yo soy de Heredia y ahí conozco a todo el mundo. Pero decime otra cosa -continuó preguntando- ¿Quién es Fernando Ortuño?" "Un oficial que estaba con nosotros y que se escapó"* -fue mi respuesta- *"Repito que me seguís mintiendo"* -comentó Calufa- Se levantó y volviéndome a ver me dijo *"Bueno Francisco, ahora sos prisionero y te venís con nosotros para San Isidro"*. Así terminó el interrogatorio de Calufa y se fue sonriendo. Desde entonces cuando se dirigía a mí, me llamaba Francisco.

Cuento la historia de como Calufa supo que yo era Fernando Ortuño. Cuando terminé el segundo año de pre-leyes en la Universidad de McGill, me quedé unos días en Montreal, empacando mis cosas. Había resuelto terminar mi carrera de leyes en la Universidad de Costa Rica, era diciembre y tenía hasta marzo para entrar a la Escuela de Derecho. Una noche me fui con unos amigos a "El Morocco", un elegante cabaret de Montreal, y cuando entré reconocí, sentado en una mesa, a Don Miguel Brenes, entonces Ministro de Trabajo, acompañado por un señor al que no conocía. Era el Dr. Guillermo Padilla Castro que venía acompañando al Ministro de Trabajo a una conferencia de la Oficina Internacional de Trabajo. Don Miguel, muy complacido de verme, me invitó a que me sentara con ellos. Me contaron que el Dr. Padilla, después de la Conferencia seguía para Inglaterra donde desempeñaría el cargo de Ministro de Costa Rica. Pasé un rato muy agradable porque ambos tenían más de un trago adentro.

Mi padre me había comprado un automóvil Pontiac de viejo modelo y los siguientes días me dediqué a transportarlos a la Conferencia y les enseñé la ciudad que para entonces conocía muy bien. Un día en una recepción, el Dr. Padilla me propuso que me fuera con él a Europa, y que él se encargaría de que me nombraran Secretario de la Legación en Inglaterra. Yo estaba loco por conocer Europa, llamé a mi padre por teléfono, que en ese tiempo era una forma inusual de comunicarse, y me dio permiso de ir, así como fondos para sufragar los gastos.

Para no desperdiciar mis vacaciones me fui sólo para Londres porque el Dr. Padilla retrasó su viaje y fue llegando a Inglaterra a finales del mes. Pasamos la Navidad juntos y en enero nos fuimos para Dublín donde el Dr. Padilla tenía un hijo de su primera esposa. De Irlanda seguimos a París, donde Padillita era un verdadero baqueano. Allí había estudiado y sacado su doctorado en derecho. Un día en el Café de la Paix, frente a la Ópera de París, conocí a una encantadora muchacha, que se llamaba Michel Clerin. Durante poco más de un mes que permanecimos en París la estuve cortejando. Vivía en Versalles, se venía en el tren, y yo la esperaba frente al Monument du Mort en la Gare Saint Lazare. Regresé a Costa Rica y por varios años nos estuvimos escribiendo.

Pocos días antes de irme para la revolución recibí una carta amorosa de Michel y me la eché al bolsillo para seguirla leyendo. Cuando nos cogieron presos a Pocholo y a mí, nos quitaron todo lo que andábamos en los bolsillos. Esa carta fue la que me delató ante Calufa; de ahí sus sonrisas cuando escuchaba las mentiras que yo le pegaba.

Para terminar el resto del cuento, siendo yo diputado (1962-1966) me había hecho amigo de un hombre de apellido Salazar, a quien llamaban "Pelos" porque era casi calvo. "Pelos" era el contacto del Partido Comunista con la Asamblea Legislativa. Un día me dijo que en el Partido había algo que me pertenecía y que me lo querían devolver. Nunca pude figurarme qué tendría al Partido Comunista que me perteneciera. Pocos días después me buscó "Pelos" y me trajo la carta de Michel Clerin que habían archivado diecisiete años. Todavía la conservo como uno de los recuerdos más preciados y siempre le estaré agradecido a los comunistas por lo ordenados que son con sus archivos.

En la retaguardia de los invasores íbamos todos los prisioneros cargando las valijas y la comida de la tropa. Me tocó jalar con una pesada valija, creo que era la de Tijerino. Llevaban a un muy buen baqueano, que tomo una ruta por la montaña, para evadir el enfrentamiento con nuestras tropas que los estaban esperando. Dos días y una noche tardamos en llegar a San Isidro. En las tardes y en la noche llegaba Calufa a conversar con los prisioneros. Nos hablaba de las maravillas del comunismo y de todo lo que se beneficiaría la clase trabajadora. Más de un farsante de los campesinos presos comentaba indignado, las injusticias del capitalismo. Hasta yo los tomé en serio, pero lo cierto es que cada noche se zafaban dos o tres. Las fuerzas de Tijerino en su mayoría eran trabajadores bananeros pésimamente armados. El gobierno les había entregado los anticucos rifles Remington de un tiro. No sé si provenían de la guerra del 56, porque me di cuenta que constantemente los tiros no reventaban. Algunos venían desarmados y servían de suplentes cuando alguien les cedía el rifle o lo mataban. Cuanta casita de campesinos pasábamos se metían a saquearla. Saliendo de una casa un pobre diablo me enseñó lo que había robado: traía dos figuritas de yeso pintadas, posiblemente para decorar el portal, y me dijo: *"¡Choojodido!. En la guerra no es tanto el berguello, como el saquello"*. Frase que al contarla después se hizo famosa.

Entre tanto el General Ramírez, al darse cuenta de que el enemigo lo había evadido, regresó a San

Isidro y se posesionó del plantel de la compañía, que estaba en el alto, de donde se podía dominar toda la ciudad. Otra cosa que yo desconocía era que en la plaza, frente a la iglesia, los nuestros habían construido una trinchera. Me cuentan que cuando comenzaron a construirla en línea recta, llegó el cura, que era un alemán que había estado en la Guerra del 14, y los paró para explicarles que así no se construía una trinchera. Que en línea recta, un solo tirador desde un flanco los podía matar a todos. Las trincheras había que trazarlas en zig-zag, sin dejar flancos al descubierto. Así se hizo y gracias al cura alemán nos salvamos de un descalabro por la gran ignorancia que teníamos del arte de la guerra.

La ciudad estaba vacía con excepción del plantel y de los hombres que ocupaban las trincheras de la plaza, que les hicieron un enfrentamiento feroz. A los prisioneros nos situaron en el banco casi seco del río, y ahí pasamos la primera noche. En la mañana siguiente, muy temprano, Tijerino mandó por Pocholo y por mí. Muy parsimonioso nos explicó que ya había tomado toda la ciudad, pero que había un pequeño grupo que seguía haciendo resistencia desde unas trincheras situadas en la plaza. Que para no derramar más sangre, proponía que uno de nosotros fuera a las trincheras a pedirles que se rindieran. Me dí cuenta de que era una misión suicida, porque una vez que entrara a la trinchera, ahí me quedaría con mis compañeros sin poderles ayudar porque no tenía arma. Entonces con mucha calma le dije: *"General, nosotros somos prisioneros de guerra y de acuerdo con la Convención de Viena, que usted como militar conoce, a un prisionero no se le puede ordenar que entre en acción. Lo que yo le sugiero es que esa misión se la encargue a la Cruz Roja"*. Me dio la razón y nos devolvió al banco del río. Me fui muerto de risa, porque sabía que en San Isidro no existía la Cruz Roja. Otro día llamó, esta vez sólo a Carlos, para contarle cuáles eran sus intenciones de llevar la revolución a Nicaragua y derrocar a Somoza, a quien Don Pepe odiaba. Quería que fuera a ver a Figueres y le propusiera una alianza entre los dos, para que juntos le hicieran la guerra a los Somoza. Pocholo, se negó a cumplir esa misión.

Acabábamos de regresar al banco del río, cuando apareció una muchacha con un pichel enlozado y con una taza y dijo que ese café se lo mandaban a Don Fernando Ortuño. ¿Y quién es ese señor? -pregunté de inmediato- Pocholo en seguida repuntó y dijo que a ese señor nadie lo conocía, pero que dejara el cafecito, que él se lo tomaba y que le agradeciera con toda el alma al que lo había enviado. Nos lo tomamos entre los dos, nada más apetecible que un café caliente cuando se tiene hambre y frío.

A media mañana los presos nos dimos cuenta de que la situación se le estaba complicando a los invasores. A Calufa se le notaba una gran tensión y constantemente se le veía conferenciar con Tijerino. Comenzamos a oír el tableteo de una ametralladora, que se mantenía disparando en ráfagas cortas. Alguien dijo que era un tanque nuestro que venía avanzando sobre la ciudad. Los hombres de Tijerino comenzaron a correr y a refugiarse en el cauce del río. Además el General Ramírez con un puñado de hombres, inició una contraofensiva atacando por el lado donde estaba el aserradero. La zozobra entre las fuerzas invasoras se fue intensificando. Era evidente que la suerte les había cambiado, no habían podido tomar la plaza y estaban en grandes apuros.

Pasó el tiempo y como a media tarde se presentó Tijerino y le ordenó a los guardas que nos custodiaban, que llevaran a los prisioneros a una colina que estaba detrás del hospital. Salimos todos en fila india, yo cargando la valija de Tijerino y conforme avanzábamos nos dimos cuenta de que por el flanco izquierdo avanzaban nuestras tropas. Cuando nos dimos cuenta de que los tiros

pegaban en el suelo frente a nosotros, todos, incluyendo los guardas, salimos corriendo para protegernos. En la primera zanja que encontré tiré la valija, y ya mas expedito seguí corriendo en dirección al hospital, que estaba rodeado por una cerca muy alta, con no menos de diez o doce hilos de alambre de púas. No se cómo lo hicimos pero en dos toques nos brincamos la cerca y nos refugiamos en el hospital. Enseguida los enfermeros nos sacaron por detrás y nos metieron en el cenicero del horno donde se quemaban los desechos del hospital. Desde ahí oíamos el tiroteo de la batalla que estaba por terminar. Ya en el atardecer, los tiros fueron mermando y eran unos pocos los que sonaban. Salimos del cenicero y en el hospital nos informaron que la tropa de Tijerino había abandonado el lugar. Felices nos abrazamos y al enterarnos de que un camión se dirigía a la plaza, nos montamos en el para saber la suerte que habían corrido nuestros compañeros.

Nos bajamos en la plaza que estaba llena de montones de tierra y poco a poco vimos salir unas caras ennegrecidas por el polvo, lo que hacía muy difícil poderlos reconocer. Habían pasado muchas horas dentro de la trinchera. Vi salir a Don Fernando Valverde, a Edmond Woodbrige y a algunos otros que ya no recuerdo. En San Isidro había corrido la bola de que a mi me habían matado. Al verme todos muy alegres se vinieron a darme un abrazo. "*¡Estás vivo, Fernando!*" "*¡Te dábamos por muerto!*" "*Qué dicha que estás vivo!* Y me abrazaban fuertemente. La guerra desarrolla en el hombre un poderoso sentido de solidaridad. Pienso que es algo muy próximo al amor sano entre los hombres. A los compañeros de lucha se les quiere intensamente.

Después de contarles las peripecias que habíamos tenido como prisioneros, comenzamos Pocholo y yo a hacerles toda clase de preguntas. "*¿Y a dónde esta el tanque que vomitaba fuego? ¿Cuál tanque?*" -me contestaron- Lo que oían era la ametralladora Hoshkins que colocaron en la torre del agua del plantel, y que operó sin descanso Juanchón Arrea. Cada vez que veía movimiento de tropas, les apuntaba y los hacía correr. Era impresionante porque daba unas ráfagas lentas. Pom, pom, pom, pom -sin que supiéramos de dónde provenían los disparos.

La ciudad estaba desierta. Parecía una ciudad fantasma. Había muchos muertos, algunos tirados en media calle. Nos lamentamos mucho al saber que a Chavela, la simpática salonera del hotel La Casa Amarilla frente a la plaza, donde con frecuencia íbamos a comer, la habían matado. Se le ocurrió salir a la puerta y ahí la blanquearon. Por la ciudad solo circulaba una mujer. Era de la vida alegre y reconocida como la "querida del General Ramírez", porque era la que le daba sus satisfacciones. Le decíamos "Penicilina". Era muy alegre y ocurrente, siempre muerta de risa.

Fuimos limpiando la ciudad de muertos, y aquellos que no fueron reconocidos, los fuimos estibando uno encima del otro con instrucciones de quemarlos. Nada más impresionante que contemplar cadáveres quemándose. Se comienzan a menear, levantan los brazos y algunos parece que se van a sentar. ¡Horrible el espantoso espectáculo!

Llegó la noticia de que al General Tijerino lo habían matado cuando iba a caballo en retirada. No muy lejos de la ciudad, se topó con un piquete nuestro y un buen tirador acertó a pegarle un tiro en el pómulo izquierdo, que al salir la bala le destapó el cerebro. Cuando llegó el cadáver, el General Ramírez resolvió que había que enterrarlo con honores militares. En un camión se colocó a Tijerino envuelto en una sábana blanca. Siguiendo al camión se formaron dos hileras de hombres con rifle al hombro. Así seguimos a paso lento, subiendo la cuesta que lleva al cementerio. De pronto me di cuenta de que una cabra se había metido entre las dos filas que acompañaban las exequias. Nadie se atrevió a espantarla, y la cabra siguió muy campante a paso lento hasta la puerta del cementerio.

Después del entierro donde se hicieron tres salvas que sonaron como ráfagas de ametralladora, nadie volvió a ver a la cabra. El cabro en la mitología es el símbolo de la fertilidad y de la hombría. Dos condiciones que le sobraban a Tijerino, y a veces pienso que fue un homenaje que le hicieron los dioses al valiente guerrero. El gobierno de Picado le había ofrecido a Tijerino, como premio, que serían suyas las armas que capturara, las cuales utilizaría para invadir Nicaragua con el fin de derrocar a Somoza. Por idealista perdió la vida peleando para otros. Había sido sargento de la Guardia Nacional y cansado del régimen somocista, desertó y se vino a vivir a Costa Rica.

Cuando tomamos San Isidro y nos instalamos debidamente, optamos por asignarnos grados militares. Con mentalidad de ticos militares casi todos resultamos coroneles. Al enterarse los extranjeros de los grados que nos habíamos asignado, comenzaron por degradarnos y de esa manera me asignaron el grado de subteniente, y me di por satisfecho al no haber parado en sargento. Al único que los lugareños nunca le pudieron decir el nombre fue a Edmond Woodbrige. Lo más aproximado que anduvieron fue llamarlo Coronel Guber. Nos vivíamos jodiéndolo con su nuevo nombre: Guber para acá y Guber para allá. Edmond, con su gran sentido de humor inglés, se reía y nos seguía la corriente. La guerra no deja de tener ratos muy agradables y divertidos. Mi carrera militar fue muy exitosa, porque cuarenta días después, al terminar la revolución, ya era capitán.

Es oportuno narrar lo que sucedió con los aviones que todos los días volaban a Guatemala a traer armas. Un día de tantos dejaron de llegar. Parece que el gobierno de Picado protestó ante la cancillería guatemalteca, exigiendo que se parara el envío de armas a los revolucionarios, y el Coronel Arana no tuvo más remedio que suspender la salida de nuestros aviones. Pasaron unos días sin llegar los aviones que nos suplían de armas y municiones, cuando de pronto muy temprano en la mañana oímos los motores de un DC3, que sobrevolaba el campo de aterrizaje a poca altura. Era plateado y no traía las insignias de TACA. Corrimos a la pista a poner la cruz de sábanas y a hacerle señas para que aterrizara. Así lo hizo y cuando apagó motores, la gran sorpresa fue ver bajar del avión a Manuel Enrique (Pillique) Guerra y otro compañero. Parece que Pillique estaba en Miami, se enteró de la situación, y nadie sabe cómo se hizo de un DC3, y en vuelo directo se vino para San Isidro del General. La llegada del avión de Pillique sirvió para restablecer el puente aéreo con Guatemala. Comenzaron nuevamente a llegar los dos aviones, trayendo más armamento.

En esos días llegó el Padre Núñez de Santa María, entre otras cosas, para contarnos a Pocholo y a mi, que don Pepe se había enterado de nuestra captura; que a mi me daba por muerto, y se alegraba mucho de que hubiera salido con vida. Que me felicitaba, que suponía estaba agotado de las calamidades que había pasado y que le parecía justo nos tomáramos unos ocho días de vacaciones. Si hubiéramos tenido donde ir lo habríamos hecho, pero preferimos quedarnos donde estábamos, ya que San Isidro, ciudad fantasma, era territorio completamente nuestro.

Pocholo y yo nos escapamos de nuestros captores el 23 de marzo. Yo cumplía 21 años el 26. Ese día alcanzaría la mayoría, porque entonces no era como ahora que se alcanza a los 18. Desde el 25 le anuncié a mis compañeros que mi cumpleaños lo pensaba celebrar a lo grande. El grupo de los celebrantes recorrió la ciudad hasta que encontramos una "pulpería y cantina" esquinera, a la par de la cual estaba la residencia del dueño. Era de madera pintada de color verde tierno. Forzamos la puerta y nos instalamos en la cocina de la casa. De la cantina trajimos toda clase de licores y latas de sardinas, porque no había atún en ese tiempo. Ahí comenzamos la fiesta de mi cumpleaños. Que yo recuerde estaban en la celebración Edmond, Roberto Fernández, Juanchón Arrea, por supuesto

Carlos Mendieta y Piyayo Quesada. Yo me pegué una gran juma y al final tuvieron que llevarme palanqueado a dormir la borrachera. ¡El cumpleaños que nunca podré olvidar! ¡como gozamos!



Capitán Fernando Ortuño

LA MARCHA SOBRE CARTAGO

Llegó el día en que Figueres ordenó, evacuar San Isidro de El General y concentrar todo su ejército en Santa María de Dota. Quería unir al Batallón San Isidro, con los del El Empalme y el León Cortés. Con ese ejército descendería de las montañas del sur a tomar Cartago. Un día antes de la partida, aterrizó un avión procedente de Altamira, que traía al contingente que peleaba en las cercanías de San Ramón. Al frente de ellos venía Chico Orlich y recuerdo que lo acompañaban Miguel Ruiz Herrero, Chacón Jinesta, conocido como Escorriola y Mario Rodríguez, ambos de Alajuela. Venía a engrosar el ejército de Figueres. A la mañana siguiente se montó en el avión el grupo que había de tomar Puerto Limón. Aterrizaron de nuevo en Altamira, con órdenes de esperar una señal indicada para volar a Limón y tomarlo simultáneamente con Cartago. Recuerdo que entre ellos iban Vico Starke, Jorge (el flaco) Arrea, y Benjamín Piza. Soy muy malo para retener nombres. A ese contingente se le llamó Batallón Caribe, que nada tuvo que ver con lo que después de la Revolución se llamó la Legión Caribe, formada por los revolucionarios extranjeros que fueron aterrizando paulatínamente Costa Rica.

Yo fui el primero que salió de San Isidro, con la misión de llevar lo que llamaban un Ling (que era una versión de camión de transporte de materiales pesados, con orugas traseras en lugar de llantas). El famoso Ling, con la asesoría de los gringos de la compañía fue blindado hasta convertirlo en una tanqueta. Era un arma poderosa, reservada para la toma de Cartago- El blindaje era tan fuerte y pesado, porque hasta arena introdujeron entre las dos planchas de acero que lo cubrían. Tenía claraboya al frente, atrás y a los lados para poder disparar en cualquier dirección. Lo malo es que pesaba tanto que andaba sumamente despacio. Por eso me despacharon de primero, con mi ayudante de ametralladorista y unos cinco hombres más. En la cabina blindada hacía un calor infernal, pero sin más remedio así seguimos a paso de tortuga. Al rato me di cuenta de que

constantemente nos iban pasando los camiones que llevaba la tropa para Santa María. Cuando comenzamos a subir la cuesta, el Ling se recalentó, y su velocidad disminuyó aun más. En toda la tarde tal vez habríamos recorrido unos diez kilómetros y me ostiné de seguir en ese chunche, porque a ese paso tardaríamos ocho días en llegar. Ordené que lo arrimaran a un paredón y nos bajáramos a ver si todavía subía algún camión que nos llevara a Santa María. Después de esperar un buen rato, apareció un camión que llevaba unos sacos de arroz para Santa María. Lo paramos, nos montamos en él y dejamos el Ling abandonado. En la madrugada llegamos a Santa María. Me fui para la escuela donde Don Pepe tenía su Cuartel General, y le narré lo que había pasado con el bendito Ling. *"Hizo lo correcto, Ortuño, -me dijo- pero le aconsejo que se valla a dormir porque mañana mismo salimos para Cartago"*. Me acuerdo que esa noche me encontré con Papito Gamboa (Enrique) que venía llegando de San José a unirse a la revolución. El pobre medio descansó esa noche y al día siguiente salió de regreso a la toma de Cartago ¡Qué volada de caite, la que le tocó al pobre Papito!

Figueres salió de Santa María de Dota con unos seiscientos hombres bien armados y calculó que en un día y una noche llegaría a Cartago. Mandar tanta gente no era fácil y en lugar de un día, tardó dos. La toma de Cartago y la de Limón se habían programado para ser simultáneas. De ahí que se comenzó a transmitir por radio el mensaje que decía. "Magnolia y Clavel 24 horas después". Y constantemente lo repetían, pero los que estaban en Altamira lo desconocieron. Siguieron con el itinerario acordado, razón por la cual se anticiparon un día y Limón cayó 24 horas antes que Cartago.

Conviene aquí detener mi historia para contar detalles de los que me enteré ya pasada la revolución. Con ello explico ahora lo que en su tiempo parecía ser un desfase entre los avisos transmitidos por radio y la cruenta realidad.

En forma simultánea a la concentración de fuerzas de Figueres en Santa María de Dota, el grupo revolucionario que había formado Chico Orlich en la zona norte, transportados desde San Isidro, alcanzaba por la vía aérea la pista de Altamira, en la finca de Don Gastón y Don Manuel Peralta, en la zona de San Carlos. En esa propiedad había una pista cercada, apta para el aterrizaje y despegue de aviones grandes, como los Douglas DC-3 que se usaban por todos nuestros países para transporte de carga y aviación comercial de pasajeros.

Todos los datos sobre el Batallón Caribe fueron publicados en el diario LA PRENSA LIBRE bajo el título de RECUERDOS DE LA REVOLUCION, escritos por el inteligente guerrillero y buen amigo Carlos María Jiménez, recién terminada la confrontación armada. Así expresa Jiménez:

Se nos ordenó que permaneciéramos cerca de los aviones, que se colocaron en cada extremo de campo... Cuando llegamos serían aproximadamente las diez de la mañana; unos se dedicaron a limpiar los fusiles, otros a conversar con los campesinos del lugar que estaban en pie de guerra, pues habían tenido un encuentro con las fuerzas del Resguardo de Villa Quesada, y los demás entre los que me contaba yo, nos echamos sobre el mullido zacate a dormir mientras podíamos".

Continúa:

"Después de almuerzo se procedió a distribuir los muchachos para organizar las guardias en previsión de un posible ataque de los mariachis que estaban destacados en Villa Quesada".

"Durante el resto del día no tuvimos actividad de ninguna clase. La plana mayor se reunió en la casa del señor Peralta... a planear el ataque y dar los últimos toques al lugar de nuestra misión... El plan se llamó desde un principio "Plan Clavel", que para nosotros era chino pues no sabíamos de la misa a la media. Muy de mañana del diez de abril nos levantamos para desayunarnos... Después de desayunar nos dirigimos al comisariato de la localidad... Lo curioso de toda esta empresa realizada en Altamira, fue el hecho de que todos los muchachos de la Legión alegaban que no tenían un cinco, pero a la hora llegada los préstamos a largo plazo se sucedieron con rapidez vertiginosa pues un muchacho de Cartago andaba con una pequeña cantidad de dinero que había traído de su casa... Se llegó a la hora de almuerzo casi sin sentirlo. Piza nos ordenó que regresáramos inmediatamente pues se nos iba a decir el lugar de nuestro destino y se iban a impartir las últimas instrucciones para el desarrollo del "Plan Clavel". No fue sino hasta las dos de la tarde que Piza nos llamó aparte para comenzar a explicarnos cual era el "Plan Clavel". Extendió a nuestros asombrados ojos un plano que para la mayoría de los muchachos era una confusión de trazos y puntos, pero que unos pocos descubrieron en el acto: el plano era de la ciudad de Limón".

Expresa en la columna siguiente:

"El ataque aéreo que el Gobierno desató sobre nosotros en Altamira no nos tomó de sorpresa pues esperábamos algo parecido. El primer avión, un Douglas DC-3 inició el ataque a las cuatro y unos minutos de la tarde del día 10 de abril. La posición nuestra le fue dada al Gobierno por el jefe del Resguardo destacado en Villa Quesada que ya sabía el lugar donde estábamos acampados. Fue ese bombardeo el más tenaz y salvaje que sufrió el Ejército de Liberación Nacional durante toda la guerra. Ni los desatados sobre San Isidro del General y El Empalme se igualaron en furia y duración al que sufrió La Legión Caribe en Altamira".

"El bombardeo lo llevaron a cabo con dos aviones Douglas DC-3 y un avión de caza monoplano modelo viejo que hacía las veces de escolta de los dos aviones grandes..."

"...A todo esto el avión ya venía en picada disparando sus ametralladoras y dispuesto a dejar caer su cargamento de muerte sobre los aviones y nosotros, que estábamos en el campo defendiendo los aparatos. Cuando venía a poca altura el malogrado Rolando Aguirre, que estaba con su Lewis en el cerro más cercano al campo, abrió nutrido fuego que logró alcanzar al avión enemigo en la parte inferior del fuselaje: la ametralladora nuestra que estaba en el campo también vomitó fuego al unísono con las máquinas manejadas por Arrea y Rodolfo Quirós destacadas en la salida del campo."

"...El aparato enemigo no pudo bajar mucho debido al fuego nuestro, y se tuvo que conformar con dejar caer la bomba a la loca, destrozando un ranchito cercano que por fortuna estaba desocupado. Nuevamente volvió al ataque pero esta vez fueron sesenta fusiles y ametralladoras los que le dieron una calurosa recepción; dejó caer otra bomba que fue a estallar cerca del río y en la desesperación de su fracaso nos propinó una fuerte ráfaga que no nos hacía nada, pues estábamos muy bien defendidos por una trinchera natural que rodeaba el campo. Todos seguimos disparando contra el avión hasta que este se colocaba fuera de nuestro alcance. Fue entonces cuando nos atacó el avión de caza con el fuego de una ametralladora. El ataque fue estéril pues el avioncito fue muy bien recibido por nuestras máquinas que se encargaron de propinarle al piloto el mayor susto de su vida, pues lo tocamos en las alas y en el fuselaje. Mientras tanto el segundo avión

Douglas no había entrado en acción. El fuego cesó por unos minutos pues los aviones se retiraron momentáneamente. Pudimos observar que la nave, que según supimos después iba pilotada por el célebre Wilson, volaba con dificultad y a baja altura. Este avión no volvió a atacarnos, pues por efectos del fuerte ataque nuestro, se estrelló pereciendo sus ocupantes entre los que iban el conocido Arquímedes Avarez, Sherman Wilson, Alfredo Chamorro, Jorge Sáurez, Victor Manuel Chacón y otros más cuyos nombres nunca supimos... Eran las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde cuando sufrimos el segundo ataque. Esta vez el avión voló a mucha altura, tratando de esquivar el fuego nuestro. Iba pilotado por Jerry de Larm y llevaba como tripulantes a varios sicarios del Gobierno, en cuenta a un tal capitán Méndez, que durante toda su vida ha sido un pillo de marca mayor".

Hasta aquí lo relatado por Jiménez en páginas de LA PRENSA LIBRE, que posteriormente fueron recogidos en un libro. Con ello trato de señalar cómo la revolución de Figueres, al extenderse por todo el territorio nacional, marcó de un tajo un cambio en la vida pacífica y semifeudal que Costa Rica había venido desarrollando hasta una fecha de mediados del siglo XX que ha quedado impresa en el espíritu democrático nacional. Es nada más que el número de un año: 1948.

No puedo terminar este capítulo sin mencionar una conversación que tuvo lugar en mi oficina unos veinticinco años después de la Guerra de Liberación.

Mi amigo Vico Starke, cabeza visible de la acción conquistadora de Limón, explicó en una reunión en mi oficina las razones que tuvo para apresurar la toma del importante puerto.

Ocurre que después de la batalla en Altamira contra los aviones, el Batallón Caribe constató que en la acción antiaérea se había gastado el parque necesario para sostener un día de combate. Y lo que restaba en los dos aviones, manejados por Macho Núñez y Pillique Guerra, y el parque en poder de los guerrilleros, todo servía únicamente para sostener fuego por un día. Por esta razón, entonces imposible de explicar al Estado Mayor de Figueres, Vico y Núñez decidieron no contestar los mensajes que iban recibiendo del grupo, en marcha fantasma hacia Cartago.

Aprovechándose de la incomunicación que se había impuesto, la Legión Caribe dio una sorpresa a amigos y enemigos, tomando los aviones en la mañana siguiente y procediendo a la toma de Limón rápidamente. Esta operación fue el primer desembarco aéreo ocurrido en América.

Descender de Santa María de Dota a Cartago fue una larga caminata. Para que los aviones del gobierno no nos detectaran, la mayor parte del día nos escondíamos debajo de los árboles. Darle de comer a ese gentío no era fácil. Me acuerdo, porque presencié al "chef" cocinando, en la paila de un trapiche. Echó una chancha destazada en pedacitos, luego le agregó un saco de arroz, tres racimos pelados de guineo morado, y abundante sal. Cuando decidió que el sancocho estaba listo, dio la venia para que nos sirviéramos. Me acerqué a la paila y lo que vi fue un caldo espeso morado. Había que servirse en una taza o en un tarro. Con una cuchara de madera que íbamos pasando, todos tratábamos de bucear, a ver si agarrábamos algo de la carne de cerdo que estaba en el fondo. Nunca había comido algo tan feo, pero la verdad es que teníamos hambre y por lo menos estaba caliente.

Estábamos amparados debajo de los árboles, cuando apareció un jeep del gobierno en donde venía el ingeniero Don Rafael Roig, con sus ayudantes. Andaba inspeccionando esos caminos. Los detuvieron y los hicieron presos. Algunos que ya habían gastado sus zapatos, cuando vieron que los apresados venían calzando buenas botas, se las quitaron y los dejaron descalzos. Cuando Don Pepe,

que conocía al ingeniero Roig, se enteró de lo ocurrido, inmediatamente dio la orden de que les devolvieran las botas. Costó encontrarlas pero al final aparecieron y a los presos les volvió el alma al cuerpo, porque descalzos nunca hubieran llegado a Cartago.

Al final de la marcha noté que las tropas se iban diezmando. Muchachos que se sentaban a descansar se quedaban dormidos y los íbamos dejando porque no había forma de despertarlos. No tenían como yo, suficiente grasa que quemar.

EL TAPÓN DE LA PANAMERICANA

La estrategia ideada por Figueres para tomar Cartago fue la siguiente. Doy números aproximados. Contaba con tres batallones: el del Empalme, el León Cortés y el San Isidro, que reforzados, cada uno era de unos doscientos hombres. Los dos primeros entrarían a la ciudad, que era donde esperaba encontrar la mayor resistencia; el Batallón San Isidro lo dividió en dos y antes de llegar a Cartago la mitad se dirigiría al Alto de Ochomogo a impedir la entrada de tropas del gobierno provenientes de San José, y la otra mitad, pasando El Tejar, subiría por la carretera panamericana hasta encontrar un sitio apropiado para hacerle frente a las tropas del gobierno estacionadas en Casamata, que ante el ataque a Cartago regresarían a tratar de salvarla y reconquistarla.

Yo iba en esa mitad del batallón que habría de establecer lo que se conoció como el "Tapón de la Panamericana". Durante la larga caminata, nuestros hombres se fueron diezmando, se acostaban a descansar y se quedaban dormidos, y al final los que llegamos al punto donde haríamos la resistencia fuimos treinta y seis. A pocos kilómetros del Tejar, donde la carretera comienza su ascenso, antes de una curva, hay un corte que atraviesa un cerro dejando a la derecha un gran paredón y a la izquierda un pequeño montículo. Ese fue el punto escogido. En el montículo instalamos una ametralladora de sitio, con unos ocho o diez hombres y el resto nos subimos por el paredón y nos emplazamos en el alto para desde ahí dispararle a las tropas que vinieran descendiendo. Después de la curva, hacia la derecha, el camino enderezaba nuevamente y seguía una larga recta que al final se perdía al cruzar la carretera hacia la derecha. Muy temprano, cuando estábamos organizándonos, apareció un camión que transportaba pan para las tropas del gobierno. Venían dos en la cabina y alguien se precipitó y disparó un tiro con la mala suerte de que le atravesó las piernas a los ocupantes. Sacamos a los heridos y los sentamos detrás del montículo, sin que nadie le diera especial importancia a las heridas. Los vi muy pálidos tiritando de frío. Entre tanto todos nos avalanzamos sobre el pan, que significaba el desayuno que la providencia nos enviaba. El camión del pan lo atravesamos en la carretera después de la curva, donde no lo pudieran ver los que bajaban.

Yo me instalé con mi nueva ametralladora "Mendoza" de fabricación mexicana y a la par mi ayudante con mi maúser. El enemigo no se hizo esperar mucho. Primero oímos el ruido de motores y de pronto vimos saliendo de la curva a una tanqueta; detrás de ella un jeep cargado de tropa, y seguía una cazadora, y otra cazadora, y otras más hasta perderse al final de la recta. Todas cargadas de hombres armados. Teníamos orden de no disparar hasta que se nos diera la señal de fuego. La tanqueta fue descendiendo lentamente hasta que llegó a la curva y ahí se detuvo cuando vio el camión atravesado. Lentamente comenzó a retroceder, momento en que recibimos la orden de hacer fuego. La ametralladora emplazada en el montículo vomitó plomo e igualmente lo hicimos los que

estábamos arriba. Solo la tanqueta y el jeep que la precedía, lograron retroceder hasta llegar a la curva que los hizo desaparecer. Las cazadoras quedaron inmovilizadas en media carretera.

Escogimos como blancos a las cazadoras que venían llenas de tropa. Los hombres que las ocupaban salían por las puertas y se tiraban por las ventanas. Me di cuenta de que las cazadoras son el más inadecuado medio para transportar tropas. Se convierten en verdaderas "latas de sardinas" de donde es muy difícil salir. Era el momento de estrenar mi nueva ametralladora. Hice el primer disparo y no dio ráfaga; hice el segundo y el resultado fue el mismo. Le empujé más duro el magazín curvo que se coloca por encima, y volví a probar, con el mismo resultado. Después de cinco o seis tiros sin lograr que diera ráfaga, me "cabrié" y se la di a mi ayudante y tomé el maúser, con el que podía disparar con mas rapidez que con la bendita Mendoza. Los que lograron salirse de las cazadoras salieron corriendo y se escurrieron por el guindo. Les disparábamos aunque con poca efectividad, porque parecían gacelas en su estampida. Cuando ya no había a quien dispararle, nos dedicamos a puntear a las cazadoras. A las llantas, a los radiadores, a los parabrisas, en fin, tratando de hacerles el mayor daño posible para inutilizarlas y no pudieran volver a ser usadas.

Frente a la trompa de unas de las cazadora había un hombre muerto, caído desde los inicios del combate y habrían pasado más de tres horas desde que cayó abatido. Como ya estábamos aburridos de blanquear cazadoras vacías, se me ocurrió decirle a Pocholo, que estaba a la par mia, que por qué no le disparábamos al muerto, por si no lo estaba. "Buena idea", me dijo. Estaba como a unos cien metros, así que graduamos las miras, apuntamos y disparamos simultáneamente. Yo vi el polvo levantarse a escasos centímetros del muerto. Apenas habíamos recargado para hacer el segundo disparo, cuando el muertito, de un brinco, se levanta y sale corriendo hacia el guindo. Un hombre paciente que salvó su vida haciéndose el muerto. Tico al fin.

Conforme fue pasando el tiempo, nos dimos cuenta de que el enemigo comenzaba a rodearnos. Ya los tiros no sólo venían de frente, sino que nos atacaban de los flancos sin que pudiéramos ubicarlos. Y la cosa empeoró cuando notamos que nos estaban disparando con morteros. Al principio los impactos caían bastante lejos, pero conforme fueron afinando la puntería, las granadas se fueron acercando. De pronto cayó una muy próxima al punto donde estábamos emplazados y alguien que estaba a escasos metros de mi posición resultó herido por un fragmento de obús.

Nuestro comandante era el Capitán Tercero, nicaragüense, y dio la orden de retirada en términos muy pesimistas y alarmantes. Hacía augurios de derrota, diciendo que la guerra estaba perdida y como desde Cartago lo que se oía era un nutrido tiroteo, él aseguró que la ciudad no había sido tomada. Nada más desconcertante para un soldado que cuando su comandante se desmoraliza y trasmite esa sensación a sus subalternos. Emprendimos la retirada; ya los emplazados en el montículo se habían retirado y cuando pasamos por detrás me fijé en los dos choferes del camión de pan, seguían sentados pero muertos. ¡Pobrecitos!. Se desangraron porque a nadie se le ocurrió ligarles las heridas para impedir la hemorragia. Conforme íbamos caminando con ruta a la ciudad, Tercero comenzó a lamentarse de la suerte que iba a correr cuando lo capturaran; que por su acento nica lo iban a reconocer y que posiblemente lo fusilarían. Me le acerqué y le recomendé que comenzara a practicar el hablado tico y que se fuera a la retaguardia porque desde ese momento yo asumía el mando. Que como extranjero el no estaba obligado a continuar la lucha, pero que nuestro deber era ir a Cartago a ayudar a nuestros compañeros en la batalla que ahí se libraba. Se alineó al final de la cola y nos siguió, un poco alejado, en nuestra ruta hacia Cartago. Tomamos dirección

para entrar a la ciudad por el sector de la Basílica de los Angeles. Cuando nos topamos a los primeros habitantes de la ciudad, los encontramos eufóricos de alegría y nos dieron la noticia de que la ciudad, desde las primeras horas de la mañana había sido tomada por los revolucionarios. En realidad no hubo gran resistencia. Fuera de unos pocos francotiradores aislados, la única resistencia que quedaba era la de los que defendían el cuartel. Esa era la causa del tiroteo que escuchábamos desde el "Tapón". En ese momento Tercero se volvió a animar.

En el Alto de Ochomogo, habían atravesado un camión en la carretera para impedir el paso a Cartago. De pronto apareció una tanqueta al mando del Coronel Roberto Tinoco que no se detuvo ante el camión atravesado. Le pegó un empujón, lo ladeó y siguió su ruta a la ciudad y dirigiéndose al cuartel, se introdujo en la fortaleza para apoyar a los que la defendían.

Esa era la situación militar cuando llegamos a la ciudad. Nos fuimos al San Luis Gonzaga, donde Figueres había instalado su Cuartel General. Nos dieron de comer nos pidieron que nos fuéramos a descansar porque al día siguiente teníamos que regresar al Tejar a emplazar una nueva línea de defensa.

LA BATALLA DE EL TEJAR

Muy temprano nos levantaron y nos mandaron con un camión de carga al Tejar. Nos apeamos cerca del puente que está antes de la entrada del pueblo y comenzamos a avanzar lentamente. No habríamos avanzado ni cincuenta metros cuando comenzaron a llovernos balas por todos lados. El pueblo ya había sido ocupado por las tropas con las que habíamos luchado el día anterior. Unos corrieron hacia la derecha y otros hacia la izquierda y nos esparcimos hacia los potreros que circundan al pueblo. Vi que se aproximaba al puente un ciclista, lo bajé y me fui en la bicicleta a Cartago a informar sobre la situación que encontramos. Cuando subía las escaleras del San Luis Gonzaga, Tercero las venía bajando. ¡Se debe haber venido en subway! Pensé para mis adentros.

Una vez que me di cuenta de lo que estaba sucediendo en el Tejar, me informaron que ya estaban saliendo los refuerzos. Cuando bajé, en la puerta del San Luis, me encontré con Tuta Cortés, que iba saliendo en una cazadora llena de hombres hacia El Tejar. "¡Venite con nosotros!" -me gritó- "No Tuta, yo no me monto en una lata de sardinas, me voy en un camión de carga.". Y así lo hice y me fui en el estribo. La cazadora de Tuta entró al Tejar y en un puente los recibió una ametralladora Maxin que los acribilló a balazos. El chofer logró poner marcha atrás y se fue en la alcantarilla. Eso los salvó de que no los mataran a todos. Tuta logró tirarse y salió corriendo por los potreros como enloquecido. El pobre fue a parar a Llano Grande, hasta que se recuperó de la impresión que había recibido.

El camión en el que yo viajaba en el estribo, antes de llegar al Tejar, nos apeó a todos para que fuéramos a reforzar a nuestros contingentes de defensa, con instrucciones de irnos a la escuela frente a la plaza. Ahí estaba Frank Marshall apostado detrás de la baranda de la escuela, con unos diez hombres. A los que llegamos nos colocó en igual posición. Por cierto que almorzamos muy bien. Sandwiches preparados por las damas de Cartago y dos tarros de leche fría que había mandado don José Joaquín Peralta. Parece que a la vuelta de la esquina, las tropas del gobierno también estaban almorzando.

Como nada sucedía, Frank le ordenó a dos hombre que atravesaran la plaza y fueran a ver qué estaba pasando al otro lado. Apenas pasaron la esquina, oímos un gran tiroteo, y enseguida vimos a los enviados que corrían desesperados hacia la escuela. Uno venía herido en una pierna. *¡Ahí están, a la vuelta de la esquina!* -gritaban- En eso oímos el ruido de un motor de tractor de orugas que se venía aproximando. Frank ordenó que nos cubriéramos tras el pretil de la baranda y ordenó que nadie sacara la cabeza hasta que él lo ordenara. Así lo hicimos, aunque yo tuve la buena idea de conseguirme una pequeña troza de madera, que la coloqué sobre el muro que nos cubría, y por la rendija podía ver lo que iba a pasar.

De la esquina sur este de la plaza vi surgir un enorme tractor de orugas blindado, convertido en tanque. Comenzó lentamente a avanzar sobre la plaza y a sus lados tenía muchos hombres armados. Venía con sus armas listas para disparar y así fueron penetrando en la plaza. Por supuesto que los demás no se aguantaron de ver lo que ocurría y al sacar la cabeza, los que avanzaban nos descubrieron. El tanque se detuvo y comenzó a retroceder con los hombres que lo rodeaban. Ahí fue cuando Frank dio la orden de fuego. En el alto de la escuela se había emplazado una ametralladora de sitio y otra igual en la torre de la iglesia. El fuego de las dos ametralladoras fue nutrido, igualmente el que hicimos los que estábamos apostados en el pretil de la escuela. El tanque retrocedió lentamente hasta que desapareció detrás de la esquina. Años después me enteré que dentro del tanque venía Carlos Leiva Ortuño, (el Mono) primo segundo mío. Me contó que un tiro penetró por una de las escotillas, dio vuelta contra las paredes blindadas, y terminó pegándole a el en un hombro. Siempre riéndose, me decía que yo era el que había disparado ese tiro. En la plaza quedaron muchos hombres tendidos. Ya retirado el tanque la batalla continuó sin objetivos visibles y el fuego disminuyó por un rato. De pronto nos dimos cuenta de que nos estaban disparando desde la sacristía de la iglesia. Federico Starke, hermano de Vico, logró introducirse en la sacristía y desde ahí comenzó a dispararnos a los que estábamos en el pretil de la escuela, desde un ángulo lateral muy desfavorable para nosotros. Renato Delcore se ofreció para ir a la sacristía y por las ventanas tirar unas granadas para así desalojar a los atacantes. Bajo el fuego del enemigo atravesó la calle y se amparó a la pared exterior de la sacristía. Por la ventana arrojó dos granadas, y el fuego desde la sacristía se silenció. Los ocupantes abandonaron la estratégica posición.

Poco después de silenciar a los que se habían metido en la sacristía vino algo peor. Los artilleros del gobierno comenzaron utilizar sus morteros y conforme fueron afinando su puntería las explosiones se nos fueron acercando. Cuando acertaron a dar en el blanco, algunos de los nuestros fueron impactados por fragmentos de los obuses de mortero.

Frank ordenó que a su derecha contaran hasta diez hombres para que se fueran con él. Yo era el número once y no entré en la colada. Con sus hombres se dirigió al este para tratar de rodear a las fuerzas del gobierno. Por otro lado Edgar Cardona, desde temprano se había situado en pequeñas colinas al lado oeste del pueblo. Ambos, como si estuvieran sincronizados, iniciaron la contraofensiva causándole severas bajas al enemigo. Los morteros guardaron silencio, se oía mucha gritería al otro lado de la plaza, y poco a poco comenzaron a salir hombres con las manos arriba que venían a rendirse. Entre ellos había un miembro de la Guardia Nacional herido en la base de la pierna izquierda. Traía casco y el uniforme de la Guardia. Tuve que interceder con Carlos Gamboa, porque quería que se lo dieran para "llevarlo a dar un paseo". Estaba muy deprimido porque había perdido el día anterior a varios de sus compañeros desamparadeños. Carlos se calmó y así le salvé el

pellejo al pobre nica. Lo único que sé es que me quedé con el casco que traía. Me hacía más falta a mi que al prisionero de guerra desarmado. Sé que otro le quitó las botas y si no le quitaron el uniforme es porque el pantalón estaba empapado en sangre. Bueno, "son gajes del oficio".

Comenzaba a anochecer cuando oímos una gran explosión al otro lado de la plaza que daba la impresión de juego de pólvora. Como nada pasaba nos fuimos acercando y nos dimos cuenta de que un camión, en el que traían todo el parque, lo habían incendiado. El enemigo se había retirado en desbandada. Dejaron todo el armamento tirado y lo único que acataron fue prenderle fuego al camión del parque. Impresionante verlo estallar a poquitos y contemplar los juegos de luces que en el aire producían los proyectiles al estallar.

La batalla de El Tejar había terminado. Encontramos abandonada la tanqueta que el día anterior nos había atacado en el Tapón de la Panamericana. Estaba en perfectas condiciones. Decidimos irnos en ella a Cartago. Yo me monté en la trompa con mi rifle y mi casco. Como temí que nos fueran a confundir con el enemigo, le ordené a varios lugareños que fueran corriendo delante de la tanqueta, avisando que éramos revolucionarios. Así llegamos a Cartago, sin problemas, a celebrar el triunfo. En el San Luis Gonzaga había como un jolgorio. Todos gritaban, bailaban de alegría, y abundaban lindas damas que ofrecían comida y bocadillos.

Descansamos esa noche y al día siguiente muy temprano regresamos al Tejar a hacer una labor de limpieza similar a la que hicimos en San Isidro. La casa de don Cuco Arrieta estaba situada en la esquina sur-oeste frente a la plaza. Cuando llegué, nuestra gente ya había comenzado a levantar cadáveres que fueron depositados en el jardín de la casa de Don Cuco. Reconocí a don José Joaquín Peralta que pacientemente inspeccionaba a los muertos. Se les quedaba viendo, y seguía con otro. Me extrañó mucho lo que don Quín hacía y me le acerqué, lo saludé y le pregunté qué era lo que buscaba: *"Ayer me contaron -me respondió- que aquí en el Tejar habían matado a Fernando Ortuño, y estoy tratando de encontrarlo entre los muertos"* *"Don José Joaquín -le dije- no siga buscando porque el que le habla es Fernando Ortuño"* Se emocionó y me dio un gran abrazo. Claro, ¿cómo me iba a reconocer si había perdido cincuenta libras, tenía una larga barba y andaba puesto mi casco de guerra? Siempre le agradecí que fuera tan buen amigo y se preocupara por rescatar mi cadáver. ¡Que buena gente era Papaquín!

Los cadáveres, en mayor número que los de San Isidro, se fueron colocando uno encima de otro en el jardín de la casa de Don Cuco. Los rociaron con diesel y les prendieron fuego. Ya ese desagradable espectáculo lo había visto, así es que opté por regresar a Cartago. De lo que me perdí fue de ver el incendio, pues a alguien se le ocurrió prenderle fuego a la casa de don Cuco Arrieta. Aquello quedó como una chicharronera, con cenizas por todos lados.

Al regresar a Cartago me mandaron a unirme al grupo destacado en Ochomogo. Eran mis compañeros de San Isidro, y ahí había muy poco que hacer. De vez en cuando sonaba un tiroteo a larga distancia, y nosotros contestábamos con otro tiroteo. Convinimos en alternarnos y día de por medio lo teníamos libre, que aprovechábamos para ir a Cartago a enterarnos de novedades. La única resistencia era la del Cuartel que seguían defendiendo. A unos dos o trescientos metros en línea recta del Cuartel, frente a la puerta principal, estaba colocado el famoso cañón. El artillero era Manuel Enrique Herrero (el Negro) que cada quince minutos lo cañoneaba. Del Cuartel constantemente disparaban contra el cañón, por lo que había que refugiarse para no pescar una bala. Pasado un lapso -me parece verlo- el Negro, con su puro en la boca, cogía una bala y cargaba el

cañón, afinaba la puntería y jalaba el percutor. ¡Poom! -sonaba- y él se quedaba a la par del cañón para ver si le había dado a la puerta del Cuartel. Lo cierto es que las balas ya funcionaban. Seguro que habían escogido las menos oxidadas. Un día me mandaron con unos hombres a inspeccionar la casa de un calderonista situada detrás del Cuartel. Cuando entramos nos encontramos con una bala de cañón, sentada en media sala. En la pared se veía el hueco que hizo al penetrar. Por lo menos supimos que salían del cañón aunque la mayoría no estallaba.

Don Pepe lo primero que hizo fue mandar a decomisar todo el guaro y licores que había en las cantinas de la ciudad. Costaba mucho tirarse un trago. El único lugar donde se podía era en el Hotel Holanda, con el gran problema de que estaba situado frente al Cuartel. Había que jugársela para llegar al bar. Decidí ir a tomarme unos tragos y cuando llegué después de una gran carrera, me encontré el bar atestado de compañeros sentados frente a la barra saboreando los tragos que les servían. Me senté con ellos y comencé a chupar guaro. El ambiente estaba caldeado, abundaban los chistes y las anécdotas sobre las vivencias de cada cual, pegaban gritos, cantaban y todos nos reíamos. Todos veníamos armados, la mayoría con subametralladoras. En eso a uno se le ocurrió, blanquear una de las lámparas que iluminaban el bar. Otros lo siguieron disparando al cielo raso y se armó la balacera. Me di cuenta de que había un disgusto entre dos compañeros, que se apearon de la barra y se encañonaron. Pensé que si no sucedía un milagro, aquello iba a terminar en una matazón. El milagro no se hizo esperar. De pronto entra por la puerta Don Julio Molina. Con su voz parsimoniosa, nos llamó la atención y nos dijo: "*Muchachos, ya han bebido bastante y es hora de irse a acostar*" y nos fue cogiendo del brazo encaminándonos a la puerta. El jolgorio terminó y Don Julio nos salvó. *¿Quién lo envió? ¿Don Pepe o la Virgen de los Angeles?*

La batalla del Tejar fue el mayor enfrentamiento que hubo en la guerra civil. El mayor contingente y mejor armado del gobierno había sido derrotado. El régimen caldero-comunista había perdido la guerra. Supongo que con órdenes del Presidente Picado, el Coronel Tinoco comunicó la rendición del Cuartel, sujeto que se respetarían las vidas de los defensores y que no serían vejados ni sometidos a torturas. Ese día me tocaba libre y al enterarme de la rendición, me quedé esa noche para presenciar el acontecimiento.

Se había convenido en que dos filas de hombres armados llegaría a la puerta del Cuartel. Los ocupantes de la fortaleza irían saliendo en fila india y cuando saliera el último los que estábamos esperando los custodiaríamos hasta una escuela que se había escogido como cárcel para ellos. Yo estaba en la línea izquierda entre los primeros campos porque quería ser de los primeros en entrar al Cuartel. Nadie me contó que había que custodiar a los prisioneros. El primero que salió fue el Coronel Tinoco, erguido con porte militar. Fue caminado lentamente seguido por sus hombres separados como un metro en la fila que fueron haciendo. Cuando salió el último, dimos media vuelta y emprendimos la marcha hacia la escuela destinada para retenerlos. En el momento que vimos entrar al último, todos salimos corriendo hacia el Cuartel para ver lo que había dentro, y dejamos a los prisioneros solos. Se pudieron haber escapado porque no había nadie que lo impidiera. Al día siguiente estaban todos en la escuela, posiblemente porque el Coronel Tinoco, sujetándose a la palabra empeñada, impidió la fuga de sus hombres. Era un gran caballero y un excelente militar.

La carrera de la escuela al Cuartel fue una feroz competencia por ver quién llegaba primero. Cuando entré ya el Cuartel había sido ocupado por otros que no habían custodiado a los presos.

Estaba mal iluminado pero se distinguía bien lo que había. Lo que buscábamos eran armas o trofeos de guerra. Había dos muertos tirados en el piso de dos recámaras. Olían muy mal porque ya habían entrado en el proceso de descomposición. Recorrí varias veces los distintos sitios del Cuartel y no encontré nada que fuera de mi interés. Las mejores armas ya tenían dueño, así es que muy cansado y desilusionado de mi mala suerte, encontré una cama con un colchón de paja. Me acosté en ella y me dormí. Cuando al día siguiente me desperté, sentí que la espalda me dolía. No recordaba haberme golpeado. Intrigado me puse a buscar lo que me había producido el dolor. En eso levanté el colchón y debajo me encontré con una subametralladora Raising, calibre 45, arma hasta entonces desconocida en la revolución. Todos los que me vieron con ella se volvieron locos con el hallazgo. Hasta oferta de compra recibí, pero ni pensé en deshacerme de ella, porque era el mejor trofeo de guerra que podía haber encontrado. Después me di cuenta de que no servía para nada. Se recalentaba y se encasquillaba constantemente. Pero yo seguía "rajando" con ella, hasta que en San José me encontré con un maje que andaba con una ametralladora Neuhausen como nueva. Me contó que se la había quitado al Coronel Valenzuela, que era el Director de Aviación. Le decían Chuspín y era famoso porque decían que cuando un novato le pedía permiso para volar, él le decía: *"Le doy permiso pero eso sí: me vuela bajito y despacio"*. Logré convencer al amigo que mi ametralladora era muy superior a las viejas Neuhausen y al final cambiamos de ametralladoras.

Seguí destacado en Ochomogo, muy aburrido porque ahí no había nada que hacer. De vez en cuando sonaban unos disparos a larga distancia y nosotros contestábamos respondiendo el "saludo". Se comenzó a negociar la rendición del Gobierno en la Embajada de México, y nos dieron instrucciones de dejar pasar a los miembros del cuerpo diplomático que llegaban a parlamentar con Figueres. Llegaban los carros diplomáticos, se identificaban y los dejábamos pasar. Un día llegó un elegante carro en el que venía el Nuncio Apostólico. La frontera estaba en un puentecito allí situado. En el momento en que el Nuncio se bajó para identificarse, comenzó, un nutrido tiroteo, esta vez más intenso de lo usual. Para proteger al importante personaje, lo cogimos y lo metimos debajo del puente. Pasado el tiroteo salió el Nuncio todo embarrialado y sus zapatillas con hebillas rojas cubiertas de barro. No teníamos agua para lavárselas y no tuvo más remedio de irse así para Cartago.

CAPITULACIÓN DEL GOBIERNO DE PICADO Y DESFILE DE LA VICTORIA

La resistencia del gobierno ya había terminado. Se trabajaba en los últimos detalles para que asumiera la Presidencia Don Santos León Herrera con el nombramiento de Ministro de Seguridad Pública a Don Miguel Brenes Gutierrez. Un día me fui en un jeep a San José a ver a mis padres. Todo el trayecto y la ciudad estaban en absoluta calma.

Terminadas las negociaciones, los hermanos Calderón y Don Teodoro con su hermano René, acompañados de algunos de sus más cercanos familiares y amigos salieron del país con destino a Nicaragua y México. Don Santos León y Don Miguel cumplieron al pie de la letra lo pactado, y comenzaron a entregarle los cuarteles a las fuerzas revolucionarias. Vino entonces el famoso "Desfile de la Victoria" en que los veteranos de la revolución, así como muchos "bombetas" que se colaron, desfilaron triunfantes por las calles de San José.

A Roberto Fernández y a mí, con unos cuantos hombres de San Isidro, nos encargaron el cuidado y la

vigilancia del Aeropuerto Internacional de la Sabana. Ver llegar aviones y verlos salir era todo lo que hacíamos, puesto que todo lo técnico lo habíamos dejado a cargo de los expertos que nos ayudaban desde antes de la revolución. Un día se presentó algo muy importante. Nos avisaron que el Embajador de México, en su carro diplomático, traería a Don Manuel Mora, que estaba asilado en su Embajada. Don Manuel tomaría el avión de Panamerican con destino a México. Estábamos en los preparativos cuando se presentó un grupo de los termocéfalos de la revolución con intenciones de capturar al Sr. Mora y fusilarlo. Les impedimos la entrada al Aeropuerto, y les pedimos que se abstuvieran de semejante atrocidad. Había que respetar la inmunidad diplomática del Embajador y los principios del asilo político. Salieron aparentemente muy resignados, aunque después nos enteramos de que se habían ido a situar hacia el oeste, al final de la pista, para detener el avión y ahí apoderarse del jefe del Partido Comunista.

El carro de la Embajada llegó custodiado por dos motocicletas y carros del gobierno con gente armada. En la puerta estábamos Roberto y yo esperándolo, y habíamos apostado a todo el personal militar con rifles en la puerta. Cuando el automóvil oficial de la Embajada llegó, nuestros soldados lo cubrieron y Roberto y yo nos aproximamos a abrirle la puerta a sus ocupantes. Salió el Embajador de México. Le seguía Don Manuel Mora. Los introdujimos al edificio donde teníamos una oficina lista para que esperaran la salida del avión. El Embajador hizo saber que no se separaría del asilado hasta que no partiera para México. Llegó el DC3 de Panamerican y después de una corta espera vino el momento de abordarlo. Acompañamos a Don Manuel hasta la escalerilla del avión y le deseamos buena suerte. De allí yo salí corriendo. Subí las escaleras de la torre de dos en dos, y en el balcón me situé para ver qué iba a pasar. Vi unos hombres armados al final de la pista. Para ahí se dirigía el avión y lo usual era que al llegar al final diera la vuelta, y calentara motores antes de emprender el despegue. Los hombres armados se anticiparon a la llegada y lo encañonaron. En ese momento vi que el avión redujo la velocidad y con gran rapidez dio la vuelta. Sin calentar motores emprendió el despegue. Sonó un nutrido tiroteo, pero el avión tomó velocidad y casi al final de la pista levantó vuelo, tomó altura y desapareció en el horizonte. Esa es la historia de cómo un piloto gringo muy "guevón" le salvó la vida a Don Manuel. El avión, que volaba directo, a México, sufrió algunos desperfectos, porque llegó todo agujereado de los tiros que le dispararon. Advertido por Don Manuel de que no podía aterrizar en Nicaragua, porque ahí Somoza lo capturaría, el piloto optó, por volar a Panamá. De ahí Don Manuel se fue para México donde pasaría unos años exiliado.

Cuando entregamos el Aeropuerto a las autoridades del nuevo gobierno, yo me quedé sin oficio. Antes de la revolución había estado en Europa y me volvía loco por volver a Francia a estudiar derecho en la Sorbona. Benjamín Odio era el Ministro de Relaciones Exteriores y varias veces le solicité que me nombrara Cónsul en París y que si ahí no había campo, que me nombrara Cónsul en cualquiera de las capitales europeas importantes, como Londres, Roma o Madrid. Siempre me salía con que no disponía de presupuesto y que debía esperar a que se presentara la oportunidad.

En el Barrio Escalante, en la hermosa casa del doctor Calderón Guardia habíamos instalado el Club de Oficiales y ahí tomábamos tragos y podíamos escuchar cuentos y chismes de lo que sucedía en San José. Había algo que nos chocaba mucho y era ver la injerencia de los mercenarios extranjeros. Chendo Arguello era nada menos que el Secretario de la Casa Presidencial. Además, cada día aparecían nuevos aventureros que se paseaban por la Avenida Central, ametralladora al hombro. La Junta de Gobierno les asignó el Cuartel de Artillería, donde hoy está el Banco Central, a los

legionarios para que residieran y se concentraran en un solo sitio. Eran tan frecuentes los escándalos y abusos de los legionarios, que un día en una reunión de oficiales, decidimos conminar a Edgar Cardona, ya Ministro de Seguridad Pública, amenazándolo con sacarlos de la Artillería, si el gobierno no quería expulsarlos del país. Ante semejante rebelión de los oficiales, Don Pepe decidió proceder conforme a la demanda que le hicimos. Los legionarios no volvieron a hacer escándalos y poco a poco fueron desapareciendo de las calles de San José.

Yo seguía sin oficio hasta que un buen día se les ocurrió nombrarme Attaché Militar, ad-honorem, del Presidente Figueres. Debe haber sido una de las geniales ideas de Daniel Oduber, de quien yo era muy amigo porque habíamos estado juntos en la Universidad de McGill, él haciendo un posgraduado y yo comenzando mi carrera. Todo lo que tenía que hacer como Attaché Militar era asistir uniformado a las presentaciones de credenciales de los diplomáticos. El Presidente y los Ministros asistían vistiendo chaqué. Jorge Woodbridge era uno de los asistentes de Edgar Cardona y logró convencer al Ministro de que se mandara a hacer un uniforme de gala. Total, que se mandaron a hacer tres: uno para Edgar, con charreteras colgantes de plata y dos con charreteras doradas, para él y para mí. Como no tenía nada mejor que hacer, ingresé a la Escuela de Derecho a continuar mis estudios. Me reconocieron un año por haber dejado el curso a medio palo en tanto peleaba en la revolución. A cada rato se presentaba a la Escuela de Derecho algún enviado de la Casa Presidencial a avisarme que ese día había una presentación de credenciales y que debía presentarme a la Casa Amarilla, debidamente uniformado. Salía corriendo para casa, me cambiaba y me iba para la Cancillería a esperar la llegada del Presidente a recibir las credenciales de los enviados extranjeros. Cuando la ceremonia terminaba venía un insípido brindis de una copa de champán y ahí terminaba todo. Yo salía a la par del Presidente y lo acompañaba hasta la Casa Presidencial. De ahí cogía mi carro y salía en carrera para la sede del diplomático acreditado, a participar en la fiesta de celebración, que en estos casos era de rigor. Había toda clase de licores y bocadillos, Jorge era bueno para la "cucharada" y al final los dos salíamos viendo todo como en technicolor.

Después de la semirebelión del Club de Oficiales, conociéndome muy bien, Daniel me había catalogado como uno de los revoltosos. Me llamó un día a Casa Presidencial, donde desempeñaba el cargo de Secretario de la Junta de Gobierno, para decirme que Alvaro Rossi (Moro), que había sido nombrado agregado Comercial a la Embajada en Washington había decidido regresar a Costa Rica y que el puesto quedaba vacante. Que si yo lo quería. Ninguna gracia me hizo el ofrecimiento, porque yo lo que quería era irme para Europa, pero sin mejor alternativa me fui para Washington, como subaltemo de Mario Esquivel Arguedas que había sido nombrado Embajador ante la Casa Blanca y la OEA. ¡Quién iba a pensar entonces, que muchos años después, durante la Administración de Don Jose Joaquín Trejos, yo desempeñaría esos mismos cargos! En la Embajada en Washington estuve poco más de un año, desempeñando dos puestos: uno como Attaché Comercial y otro como Attaché Militar. Desempeñando el papel de militar, me tocaba ir a las reuniones de la Junta Interamericana de Defensa. Cuando presenté mi curriculum militar, me dio pena y risa explicar cómo en pocos meses había ascendido de Teniente a Mayor. La verdad es que ahí nadie esperaba más de un militar de Costa Rica.

En la OEA hubo un acontecimiento muy importante para Costa Rica. Cuando vino la invasión en diciembre de 1948 a Costa Rica por las fuerzas calderonistas estacionadas y entrenadas en Nicaragua, nuestra Embajada lo denunció ante el Consejo de la OEA y solicitó que se convocara a

una Reunión de Cancilleres del Continente. El Embajador de Nicaragua era Guillermo Sevilla Sacasa, experimentado diplomático y brillante orador. Mario Esquivel no daba esa talla. Era muy joven y sin experiencia diplomática. Afortunadamente en esos días había llegado a Washington Don Alberto Martén a quien se acreditó como Embajador Extraordinario y se hizo cargo de asumir la defensa de nuestra posición ante el Consejo. Como gran jurista y excelente orador se "comió" a Sevilla Sacasa y dejó muy en alto la posición de nuestro país. La convocatoria a Reunión de Cancilleres no llegó a votarse porque entretanto las fuerzas invasoras fueron derrotadas y huyeron hacia Nicaragua. "Muerto el perro se acabó la rabia".

Después me alegré de que la suerte me enviara a Washington en lugar de un consulado en Europa. Las experiencias que ahí viví, nunca las podré olvidar. Poco antes de terminar los dieciocho meses del gobierno de la Junta Fundadora de la Segunda República, le envié mi renuncia del cargo al Presidente Electo Don Otilo Ulate, quien ni acuse de recibo me comunicó. Don Otilio era muy descuidado en los pequeños detalles de la vida. Después me enteré que fui uno de los pocos funcionarios que presentaron su renuncia ante el gobierno que asumía el poder. Al regresar a Costa Rica volví a la Escuela de Derecho a terminar los dos años que me faltaban y me metí en negocios, donde no me ha ido tan mal.